



BIBLIOTECA FEMENINA
DE
LA NOVELA FILM



LA MADONA DE LAS ROSAS

por CARMEN R. DE MORADAS
HORTENSIA GILBERT y EMILIO THUILLER



N.º 2

UNA
PESETA

BIBLIOTECA FEMENINA
DE

LA NOVELA FILM

♦♦ Calle de Lauria, núm. 99 - BARCELONA ♦♦

**LA MADONA DE
= LAS ROSAS =**

Según el argumento escrito expreso
para la cinematografía por el insigne
dramaturgo JACINTO BENAVENTE

Gracias a los artistas artífices:
Emilio Thuiller, Francisco Fuentes, M. Asqueri-
no, Carmen R. de Moragas y Hortensia Gelabert

III
FILM ARTÍSTICO DEL
REPERTORIO M. DE MIGUEL
(LA ARISTOCRACIA DEL FILM)
CORREJO DE CIENTO, 292 - BARCELONA



J. BOSTA, impresor - Gerrodi, 11
BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
escuela militar



San to Amante

LA MADONA DE LAS ROSAS

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

6

1

Estaba tan turbada, de tal modo le preocupaba su situación, que la pobre muchacha, inquieta, no sabía qué hacer, ni qué partido tomar, ni a quién pedir ayuda ni cómo salvar aquella horrible crisis en que le había sumido la muerte de su padre.

Huérfana de un pintor célebre que no dejó al morir más que un nombre glorioso, Carmen vivía en la mayor pobreza.

La desgracia de aquella pérdida, que había sobrevenido de una manera casi fulminante, vino a enfrentar su juventud con las crudas realidades de la vida.

Acosada por las necesidades, falta de recursos, sola y con orgullo bastante para no acudir a los amigos de su padre en demanda de socorro, Carmen martirizábase inútilmente para salir adelante, cubriendo sus gastos que, aun siendo pocos, a ella resultábanle excesivos, porque carecía de ingresos.

5

Su presupuesto saldabase un día y otro con déficit. Por mucho que se redujera y por muy exiguas que fueran sus necesidades, menos eran sus medios de satisfacerlas.

¿Cómo vivir?

La economía no bastaba, pues nada tenía que



Carmen. CARMEN RUIZ DE MORAGAS

economizar, y por muy aborrativo que sea el que nada tiene, de poco ha de servirle su virtud.

Y Carmen tenía que comer y vestir y pagar el alquiler del cuarto.

Todos los cuadros y los objetos de arte de su padre habían sido mal vendidos durante las angustias de la enfermedad y luego en la hora terrible del entierro.

Quedárase pues con la bolsa vacía, sin otro caudal que el de sus lágrimas y el de su juventud y belleza.

Su nombre, Carmen, había sido el auspicio bajo el cual granaron sus años de mocita morena, airosa, alta, bien plantada, esbelta y flexible como el álamo blanco, negros y profundos los ojos, clara la frente, suaves las mejillas, de dulce expresión la boca, ni chica ni grande, y el óvalo parisino de su rostro coronado por el trofeo de una cabellera bruna y densa.

Pero todas estas gracias, por sí solas, no daban para vivir, pues no era ella mujer que, dado su recato, pensare en explotarla como gancho de don Juanes.

—¿Y qué hacer?—preguntábase la joven, paseando la mirada entristecida por las desnudas paredes de su cuarto. Hace dos días que vencieron los últimos recibos del piso, y no tengo con qué pagarlos. No sé qué decirle a la portera cuando me los presente.

Sus palabras, tal que si tuvieran fuerza evocadora, le recordaron los sucesos últimos de su vida, tan triste. Pasóse las manos por la frente para librarse de penosos recuerdos.

Estaba acodada en la mesa de su habitación, con la cabeza entre los brazos, meditando, escudriñando en su memoria, aguzando su pensamiento para buscar salida a su miseria.

Tres golpes dados en la puerta vinieron a despertarla con brusco sobresalto de sus preocupaciones.

Una voz fatigada preguntó:

—¿Se puede, señorita?

La joven alzó el rostro y contestó temblorosamente:
Pase, Amalia.

Entró una mujer gruesa, carirredonda y sonriente. Era la portera.

—Le traigo los recibos.

Carmen los miró, mordióse los labios y agotada, sin serenidad, perdida en su dolor, echóse de brucea en la mesa, sollozando.



—¿Y qué hacer? Hace dos días que vencieron los últimos recibos del piso, y no tengo con qué pagarlos...

La portera la miró compasivamente. Por excepción, no pertenecía a ese grupo de porteras odiosas, enemigas del inquilino, al que persiguen y perturbaban como a una bestia peligrosa. Amalia sentía por la joven una compasión llena de ternura.

—No llóre usted, señorita—le dijo acariciándola.

—Si no puede pagármelos hoy, ya lo hará otro día.

Con el rostro oculto entre las manos, Carmen sollozó:

—¡Si no podré pagarlos nunca!

—No lo diga, señorita... Todo se arreglará.

—¡Si no tengo un céntimo! ¡Si carezco hasta de lo más indispensable!—volvió a lamentarse la pobre huérfana.

—¡Vaya por Dios!

Y la bondadosa mujer, después de acariciar a la joven con manos piadosas y palabras amables, salió, dejando a Carmen bajo los efectos de una pena sin consuelo.

Aquel llanto desahogó un poco el corazón de la joven, quien, más tranquila ya, pensó que debía tomar una determinación inmediatamente. No podía seguir como hasta entonces. Lo de menos eran los recibos, sino el espectro del hambre, que pronto la amenazaría...

Ensimismóse unos instantes, removiendo sus recuerdos. De pronto exclamó:

—¡Román Arenales!

Y acto seguido, sin dudar un segundo, tomó papel y pluma y escribió a aquel antiguo amigo, hermano por el cariño, de su padre, Román Arenales, pintor famoso y rico, pidiéndole protección.

Era el único medio que se le ofrecía para salvarse. De no seguirlo, pronto surgirían, al accecho de su belleza y juventud, los ladrones de honras, y luego los perros de la calumnia y del desprecio se cebaban en ella. Y Carmen era demasiado pura para no rehuir este peligro, fuese como fuese.

La carta sorprendió a Román Arenales en su fastuoso estudio, fastuoso en todos los sentidos: por la



Ramón Areñales

EMILIO TRULLER

riqueza y por el buen gusto con que estaba amueblado y adornado.

Hombre de buena edad, un poco lejana ya la juventud y demasiado próxima la vejez. Areñales, con sus cincuenta años bien llevados, su estatura arrogante, su rostro rasurado y correcto y la madroñera de su trova rizada, era el tipo perfecto del artista que sólo vive para su arte. Caballeroso y favorecido por el éxito, sin obligaciones en su vida de soltero, llevaba una existencia agradable, siempre halagado por el triunfo.

Su casa tenía magnificencias de palacio. Pero era en su estudio, entre sus alumnos, donde él pasaba sus mejores horas, trasladando al lienzo los primores de su paleta y aleccionando a sus discípulos con atinados consejos.

La carta de Carmen no le sorprendió mucho. Conocía, aunque no del todo, su precaria situación. Algunas veces había pensado acudir en su ayuda, mas le detuvo la consideración del altivo carácter de la joven; y el temor a ofenderla con un ofrecimiento que no sabía como sería aceptado, pudo más en él que su deseo de librar a la hija de su mejor amigo de las tribulaciones de la miseria.

Al fin, la pobre huérfana sofocaba su orgullo y le escribía acogiéndose a su afecto.

«Mi buen amigo: Me encuentro sola y sin recursos. Todas las esperanzas que concebí, después de la desgraciada muerte de mi padre, han ido desvaneciéndose unas tras otras. Yo sé lo que usted quería a mi padre y lo mucho que este le estimaba y admiraba. Recordando esto y confiado en su bondad, me atrevo a recurrir a usted para que me salve de los infortunos que se ciernen sobre mi orfandad.

«Antes de morir, mi padre me dijo: «Hija mía, si llegase un día en que necesitases la protección de Arenales, no vaciles un instante; acude a él y él te apoyará.»

«Pues bien; ese día ha llegado. Y como al obrar de este modo no hago más que cumplir la última voluntad de mi querido muerto, yo, señor Arenales, me pongo, desde este instante, bajo su amparo.»

«Le saluda afectuosamente,

Carmen Yáñez»

«Pobre muchacha! exclamó el pintor al concluir de leer la carta. — ¡Sólo Dios sabe lo que debe haber pasado para que se hubiere decidido a escribirme!

Quedóse un momento pensativo y añadió:

— ¡Qué chiquilla!

Y sonrióse, contento de la idea que se le acababa de ocurrir.

— Es lo mejor, sí. Eso hará mi vida más agradable— dijo respondiendo a sus pensamientos íntimos.

— Y para ella es lo más conveniente.

Horas después Arenales llamaba a la puerta del piso de Carmen y ésta arrojábase en sus brazos.

— ¿Cómo no acudiste a mí antes?

— No me atreví contestó la joven.

— Di que no quisiste... Eres como tu padre, carácter altivo que nunca admitió protección.

Miró a su alrededor y el alma se le oprimió viendo la extrema pobreza a que se hallaba reducida la huérfana.

Bueno, tú te vienes conmigo— dijo de pronto, estrechando contra su pecho la cabeza abatida de Carmen.

— Yo no había pensado eso.

— Es igual; ahora lo piensas... Además, no eres tú quien tiene que pensar; yo me cuidaré de hacerlo por ti.

Le hablaba con dulzura, sin acento autoritario, pero con firmeza, como si temiera alguna oposición, Y en efecto, ella dijo:

— Usted ha vivido solo hasta hoy y mi presencia en su casa quizá le perturbe.

— ¡A callar!—exigió sonriéndose el pintor. — Vuelvo a decirte que te vienes a mi casa conmigo.

— No sé si atreverme...—interrumpió Carmen.

— ¿Y por qué? Piensa que estoy solo en el mundo. Nadie ha de murmurar, y si alguien murmurara—

— ¿Qué?—preguntó ella alzando sus ojos todavía empañados de lágrimas.

— Pues si alguien murmurara—concluyó Román— peor para él.

Carmen nada objetó. La proposición de Arenales parecía tan bien, que ella no hubiera deseado nada mejor. Sentíase ya más tranquila y segura de sí misma cerca de aquel hombre fuerte y bondadoso que, sin preocuparse por el sacrificio que voluntariamente se imponía, iba a convertirse en una especie de segundo padre suyo.

¿Qué acertada estuviera al escribirle! De no haberlo hecho, ¿qué hubiera sido de ella? Y he aquí que ahora se encontraba libre de angustias, como si hubiese alcanzado el término de su *vía crucis* a lo largo de las escarpadas y espinosas sendas de la orfandad y de la miseria.

— ¿Vamos?

Dejóse coger del brazo por Román y no volvió atrás la cabeza al abandonar aquel piso donde trans-

carrieran para ella las horas más amargas de su adorable juventud.

La instalación de Carmen en casa de Arenales fué cosa de poco tiempo. El pintor había tenido la precaución, antes de ir a buscar a la joven, de ordenar que se le prepararan habitaciones, como a futura amita de casa. Y ella, al entrar en su nuevo domicilio, tuvo la impresión de que aquella casa era un poco suya, encontrándolo todo tan familiar, tan íntimo, tan aproximado y casi confundido con sus gustos y deseos como si ella misma hubiera dispuesto la colocación de los muebles y el arreglo del decorado.

La huérfana contemplaba las habitaciones como si las reconociera.

—¿Qué te parece?—le preguntaba de cuando en cuando el pintor, vigilando su rostro para estudiar en él el pensamiento de la muchacha.

—¡Oh, qué admirable!—exclamaba Carmen palmeando de alegría.

Pasaron al estudio, el santuario de Arenales. No habían llegado aún sus discípulos, dos por aquella época, uno de ellos un aristócrata sinceramente artista, y el otro un inteligente y entusiasta, tan pobre de figura y de recursos como rico de espíritu.

Este fué el primero que apareció. Se llamaba Pepín, y era un protegido de Román, que admiraba y estimulaba sus grandes disposiciones para la pintura.

Era Pepín un muchacho un tanto cocinero, algo torcido de hombros, el rostro pálido y febril, pero con unos ojos de una dulzura impresionante. Sentía por su maestro un entusiasmo y una adhesión sin límites, y Román, que lo sabía, tratábale benévola-



Pepín

FRANCISCO FUENTES

Pepín, al encontrarse delante de Carmen, se turbó de una manera visible.

—Te presento a mi protegido—dijo el pintor a la huérfana.—Será un gran pintor y ya es una excelente persona.

El joven enrojeció, inclinando la cabeza, ofuscado por la belleza de Carmen y sin atreverse a levantar los ojos para volver a mirarla.

La muchacha y Arenales le dijeron unas cuantas palabras de cortesía y lo dejaron, sin advertir que él temblaba, inmóvil, desconcertado, inundado de luz, como si su pobre alma, prisionera de las sombras, hubiera alcanzado la libertad surgiendo en medio del sol.

Así lo encontró su compañero Rafael Vivares, el otro discípulo de Román, mozo distinguido, de aspecto simpático y lleno de la prestancia de su raza, que llevaba en sus venas sangre de guerreros del tiempo de la Reconquista.

—¿Qué te pasa, Pepín? ¿Estás acaso pensando en la manera de pintar en el suelo?

El muchacho irguió su desmedrada figura, y tuvo envidia de Rafael, de su vigor y de su elegancia.

—¿Vamos a trabajar?

En silencio, Pepín corrió la tela que cubría su caballete comenzando a trasladar al lienzo sus fervores de artista.

Alegre, tarareando una cancioncilla callejera, ágil y con soltura, Vivares vistióse una blusa y requirió unos tubos de pintura exprimiéndolos en su paleta.

—Oye, Pepín, acabo de ver una mujer...

Rafael interrumpióse, se mordió el labio inferior y, con el puño cerrado al extremo de su brazo ex-



Rafael Vivares M. ASQUERINO

tendido que movió de derecha a izquierda lo mismo que un conductor de tranvía, concluyó:

—¿Así?

Y su brazo, haciendo la flexión del codo, sacudióse como si vibrara al influjo de una corriente eléctrica.

Pepín también había visto una mujer muy guapa. Sin embargo, calló. La impresión que le produjera Carmen era ya un secreto recatado en su alma, llena de pudor. El mejor elogio que se puede hacer de una mujer que nos hace palpar de ternura cuando la recordamos, es el silencio. Y este homenaje era el que él le ofrecía a Carmen. Su timidez tampoco le hubiera permitido ofrecerle otro. Por eso Pepín callaba, pero aunque callase no dejaba de soñar.

Al finales se presentó en el estudio.

—Hola, muchachos.

—Buenos días, maestro—saludó Rafael.

Román dió un vistazo a la labor de sus alumnos.

—¡Bravo, Vivares! Ha encontrado usted el tono justo para ese cielo.

Cogió un pincel y con rápida pincelada rectificó un ligero defecto, ese defecto que puede no existir, pero que el maestro descubre siempre en el trabajo de sus discípulos.

Volvióse oyendo un ligero rumor y adivinó a su protegida, de la que sólo se podían ver los pies asomando por debajo del tapiz que cerraba la entrada del estudio.

—¿Eres tú, Carmen? Entra.

La joven apareció titubeando. Y Rafael, al verla, olvidóse de la mujer que había admirado en la calle, cuando venía hacia el estudio. Sus ojos abriéronse

dilatados por el entusiasmo y una gozosa sonrisa tembló en sus labios.

—Rafael Vivares, mi discípulo predilecto... Carmen Yáñez, la hija del malogrado maestro y ahijada mía—dijo Román, haciendo las presentaciones.

Los jóvenes se estrecharon las manos y a lo largo de sus brazos corrió un estremecimiento, que hirió a los dos en el pecho y fué a escondérseles muy adentro.

La belleza viril, el desenlace lleno de naturalidad y la simpatía que se desprendía de Vivares, junto a la admiración que denotaba su actitud, agradaron y halagaron a Carmen.

Su rostro habíase sonrosado ligeramente y ella sonreía de una manera encantadora.

La pintura española ha perdido uno de sus más gallardos paladines con la muerte de su padre, señorita—dijo Rafael.

La joven se entristeció, avivados sus recuerdos por las palabras de Vivares.

Compreendiéndolo así, Román intervino.

Como ves, en mi casa no se pierde el tiempo. Todos trabajamos y siempre estamos alegres.

Este juicio pareció desmentirlo Pepín, en cuyos ojos adensábase la nube de su habitual tristeza viendo juntos a su amigo y a Carmen. Con certero instinto, el desposeído de toda gracia física había adivinado cuán favorablemente acababan de impresionarse ella y él. Y una pena muy honda se le clavó en su alma atormentada.

Carmen abandonó el estudio con la seguridad de haberse conquistado un admirador entusiasta en

Rafael, y esto, aun cuando procuraba ocultárselo, la lisonjaba en lo más íntimo.

Pepin vio cómo se acercaba a un jarrón y colocaba en él unas flores, sobre las que se inclinó para aspirar su aroma... o para besarlas, con el pensamiento ausente.



... y colocaba en él unas flores, sobre las que se inclinó para aspirar su aroma...

Y quizá porque Vivares percibía las vibraciones de aquel otro pensamiento, fue por lo que dijo a Román:

Confieso usted, maestro, que hay casos en que la pasión fulminante está justificada.

Román dió unos golpes en el hombro a su discípulo.

—Cierto que Carmen es muy guapa; pero aun tiene algo mejor.

—¿Mejor que su belleza?

—Sí, es su bondad.

Vivares hizo un gesto de indiferencia; él no concedía mucha importancia a las virtudes, ni juntas ni separadamente. Además, como artista de pocos años, tumultuoso y zumbón, consideraba que la virtud era una flor burguesa, demasiado burguesa.

—Por muy buena que sea—observó—siempre será más guapa que buena.

—O al contrario.

—Permítame que lo dude. Por otra parte, de momento prefiero sólo acordarme de la pureza de sus líneas, del delicioso timbre de su voz y del fuego de sus miradas.

Román miró detenidamente a su alumno. Aquel entusiasmo, ya que no excesivo, pues él sentía por la muchacha un ciego entusiasmo paternal, antojábasele peligroso.

Cuidado, Rafael—dijo.—Por ese camino sólo se puede ir a un sitio.

—¿A qué sitio?—preguntó intrigado Vivares.

—¡A la vicaría!

Hubo un silencio, que cortó súbitamente el joven con la siguiente exclamación:

—¿Quién sabe!

En aquel instante, Pepin, tembloroso, aspiraba el perfume de una rosa, de una de las rosas que Carmen colocara en el jarrón. Cerrados los ojos, el pobre

muchacho llenábase el alma con aquel aroma, en el que buscaba el recuerdo de ella... El, sin embargo, sabía que Carmen nunca podría amarle. Lo sabía con certeza, pues dijéraselo la misma joven con su actitud delante de Rafael.

En la vida de Rafael Vivares había un secreto que no lo era en los corrillos del gran mundo ni para los íntimos del discípulo de Román, pero que no transcendía a la intimidad del hogar.

Este secreto lo constituía una mujer, Felicia, artista aventurera que esclavizaba a Vivares, su protector y amigo.

Con una hermosura jugosa, con la sazón de la juventud en declive, cuando las facciones y las formas se redondean adquiriendo la curva de la plenitud, Felicia subyugaba con su coquetería a Rafael, para el cual aquel amor era como un abismo por el que se dejaba devorar, sin fuerzas para sustraerse a su maleficio.

Ella tenía una arrogancia de mujer brava, fuerte y de candulosas pasiones. La cadena de sus brazos, blancos y carnosos, habíase remachado sobre el cuello de Vivares, como un yugo irrompible.

El, arrastrado por la turbulencia de su edad inexperta, no advertía que aquel amor fuese una servidumbre. Ante el empuje de los deseos, que apuraban sus afanes en los labios encendidos de Felicia, Rafael entregábase a la aventurera, satisfaciendo



Felicia HORTENSIA GELABERT

sus costosos caprichos y manteniéndola en plan de amante a la que ofrecía su dinero y su cariño sin esfuerzo.

Pero Carmen había surgido en su camino. Y ahora los sentimientos del hombre se desarraigaban de la antigua tierra para trasplantarse al alma ingenua de la protegida de su maestro.

Por costumbre, que no ya por gusto, seguía acudiendo todos los días a casa de Felicia.

Ella ignoraba aún el cambio que se había operado en Rafael. No hubiera sido capaz de advertirlo tampoco, pues su perspicacia, como la de todas sus semejantes, no alcanzaba a más de lo que alcanzaba su vista, y aun a veces equivocábase al decir lo que miraba.

Como de costumbre, aquel día, ocho después de haber conocido a Carmen, Vivares presentóse en casa de su amante en las primeras horas de la tarde.

Siempre con el block de apuntes en el bolsillo, cambiadas las primeras frases de rigor, mientras ella preparaba el té, él púase a hacer dibujos de trazos breves, diseños imprecisos, trasladando al papel sus recuerdos visuales más intensos o recientes.

Inesperadamente, su lápiz contactó un rostro, el rostro de Carmen, y luego, con amplias líneas, tal que si estuviera haciendo un boceto, dibujó el cuerpo.

—¿Qué haces?—preguntóle Felicia.

—Ya ves...—dijo evasivamente el joven.

Abstraído, con la fiebre creadora del que de pronto descubre una belleza nueva y lucha con la manera de expresarla, Vivares no se dió cuenta de que su

amante se acercaba y dirigía rápidamente una mirada al dibujo.

—¿Un retrato de mujer y no soy yo?

La exclamación de Felicia detuvo su lápiz.

—No es la primera vez...

—¿Y quién es esa?

Rafael alzóse de hombros.

—Ni yo mismo lo sé—dijo, consciente de su mentira.

Los temores de ella, si los tenía, se desvanecieron.

Y Rafael, atento al curso de su inspiración, añadió lentamente, con los ojos vagando en el espacio:

—He concebido un cuadro... ¡un cuadro admirable!

—Se va a enfriar el té si no lo tomas pronto—observó Felicia, poco interesada por lo que le parecía una divagación de su amigo.

Pero él, con el rostro iluminado por una expresión de alegría inefable, concluyó:

Lo titularé «La Madona de las Rosas».

Y al decirlo, pensaba en Carmen, tal como la había visto en los jardines de la casa del maestro, arrancando sus mejores flores a sus rosales.

Por aquellos jardines corría entonces Pepin, persiguiendo un gato que había apresado con sus garras a un indefenso pajarillo. El alma tímida y sensible del pobre muchacho habíase turbado ante la hazaña cruel, y con toda su agilidad lanzárase a libertar al pájaro, que ahora tenía palpitante entre sus manos acariciadoras.

Carmen lo vió y acercóse a él.

—Démele usted... ¡Pobrecillo!

La joven parecía turbada y temerosa. Toda su ternura recaía sobre la víctima, cuyo pequeño cuerpo

conservaba las huellas del peligro que acababa de sufrir.

—Está medio muerto—explicó Pepin.—Lo tenía un gato entre las uñas.

La joven insistió:

—Démele en seguida para curarlo y quizá no se muera.

Un instante las manos de él y de ella se tocaron, y aquel ligerísimo contacto que a Carmen no le produjo efecto alguno, fué para él como agudo pinchazo que ensanchó los bordes de la herida abierta en su corazón desde que la joven vivía en el estudio de Arenales.

—¡Qué buena es usted!—exclamó.

—¿Por qué? ¿Porque voy a cuidar al pájaro?...

Pepin no dijo nada. El sentía que ella era buena por muchas razones confusas, además de la que en aquel momento resultaba de su conducta. Pero no podía decirlo. Era demasiado tímido. Estaba demasiado enamorado.

Tan evidente era su cariño, que su maestro lo notó y se lo dijo a su protegida.

Me parece que Pepin se ha enamorado de ti.

Carmen recordó la turbación del muchacho siempre que estaba en su presencia y sus miradas tristes e imploradoras. Si, podía ser verdad lo que decía Román.

—¿Usted lo cree así?

—Estoy seguro.

A través de las ventanas, los dos vieron pasar a Pepin con la cabeza baja.

—¡Pobre Pepin!... Con su figura...

La muchacha no pudo menos de sonreírse. En

verdad que la figura del discípulo de Arenales era poco lucida, grotesca casi.

—¡Qué triste es enamorarse y no poder enamorar! —añadió Román.—Ese es el destino de Pepín. ¡Qué triste!

—¿Por qué?

Arenales contempló a su ahijada intensamente. Sentía en aquel momento que su discípulo no fuera más apuesto para rogarle que lo amase.

—No hagas esa pregunta, Carmen —dijo.—Tú no puedes saber todo el dolor que puede encerrarse en un alma tan sensible como la de Pepín.

—Si su alma es hermosa... no es triste enamorarse y no poder enamorar —observó la joven.

Arenales calló. Y los dos, unidos por los mismos pensamientos, siguieron con la mirada a Pepín, que marchaba vacilando por las sendas florecidas, abrumado por el peso de su desgracia.

II

Cuando la atracción es recíproca, los deseos coinciden y no se les opone obstáculo alguno, llanos y fáciles resultan los caminos del amor.

Por ellos marchaban ya Carmen y Rafael, gozosos, con la alegría de su pimpante juventud y la novedad deliciosa que había hecho florecer sus corazones.

Apenas si necesitaron decirse lo. Se adivinaron el uno al otro. Y lo que debía ser surgió bajo la mirada vigilante y paternal del maestro, teniendo como espectador al desolado Pepín, el mozo deformado al que nadie vió nunca llorar y que, sin embargo, muchas veces pasábase rápidamente la mano por los ojos, disimulando su propósito de enjugarse la humedad de las pestañas.

El cuadro «La Madona de las Rosas», que a Viveres se le ocurriera en casa de su amante, fué algo más que un pretexto. Lo que él pretendía al hacerlo no sólo era darse el gusto de admirar a la modelo

que tenía que ser Carmen—sino el de expresar con la pintura el secreto de su alma, toda encendida por las llamas de la pasión.

Consultado su propósito con Ramón, éste nada tuvo que oponer.

Como ella acceda...

La llamaron, y su protector le explicó.

Rafael ha concebido un cuadro que puede ser un acierto y para el que necesita tu concurso.

Carmen al principio no comprendió. Miraba a los dos hombres, entre sonriente y confusa.

—Rafael quiere, nada menos, que tú le sirvas de modelo.

La joven se turbó y en seguida empalideció de una manera extraña. Apenas si pudo balbucir:

—Por mi parte... yo... vamos, si no le parece a usted mal...

—¡Qué va a parecerme mal!—exclamó Arenales.—Al contrario; todo lo que se haga por el arte tiene siempre en mí un defensor.

Sonrióse maliciosamente, persuadido de la insinceridad de sus últimas palabras.

—Pues entonces, no tengo inconveniente—concluyó Carmen.

Rafael le agradeció su asentimiento con un apretón de manos, tan fuerte como para hacer daño, a pesar de lo cual, ella, turbadísima, no sintió el menor dolor y si una gran dulzura derramándose en el alma por gracia de las elocuentes miradas de Vivares.

El mismo día comenzaron las sesiones, que pro-

tigó algunas veces a Ramón y otras el silencio, el imponderable silencio, que ellos llenaban con los rumores de sus pensamientos.

¿Cómo podría resistir Rafael a este conjunto de circunstancias favorables, ni cómo no iba rendirse ella, seducida desde el primer momento?



Rafael le agradeció su asentimiento con un apretón de manos, ...

El estudio era el nido en que se fraguaron sus amores, adornados con todos esos deliciosos detalles que son en ella la timidez, la sorpresa y la turbación, y en él el temor de asustar a la doncella, el deseo de iniciarla y el placer de sentirla estremecerse al oír una palabra cariñosa o al recibir una caricia furtiva.

Pero se trabajaba y pronto estuvo concluido el cuadro, verdadero acierto de inspiración y de técnica, como lo había pronosticado el maestro.

Durante una de las últimas sesiones, a las que asistió Román, Carmen, impresionada por la gracia y el arte con que Rafael la había concebido, dijo:



El mismo día comenzaron las sesiones, que prosiguieron durante una semana, teniendo como testigo algunas veces a Román...

—Yo no soy así.

—¿Cómo es eso?—interrogó Román.

—¡Estoy idealizada!

—Claro. ¿De qué serviría el arte sino?

Vivares, aunque halagado por el elogio del maestro, exclamó:

—¡Oh, maestro, mi arte no sabe idealizar!

Entonces Román, mirando fijamente a su protegida y a su discípulo, preguntó:

—¿Y de qué serviría el amor si no supiera idealizar?

Al terminar la sesión, Carmen, Rafael y Román, tomaron el té juntos.

—¿Está usted contento de la modelo?—inquirió el maestro de Rafael.

—¡Estoy encantado!

—Y tú, Carmen, ¿estás satisfecha del pintor?

Un poco azorada, la joven contestó:

—Mentiría si dijera que no... y no sé mentir.

Soltando el chorro de su risa sonora, Vivares se chauceó:

—¿No ha dicho usted nunca una mentira?

—Es posible que haya dicho más de una, pero esas no cuentan, porque carecieron de importancia.

—¿Tampoco tiene importancia la que me dijo usted ayer?—añadió él, aludiendo a la respuesta afirmativa que ella diera a su declaración amorosa.

Carmen se inquietó, miró recelosamente a Arenales y, con mucha energía, afirmó:

—¡Jamás he dicho una verdad tan grande como esa!

Los ojos de Vivares se animaron, llenos de fuego, y en sus labios temblaron todas las palabras que él hubiera querido decirle entonces y que hubo de callar por la presencia del maestro.

Poco antes de anochecer, Rafael se despidió, y al atravesar los jardines volvióse para recoger la al-

tina mirada de ella, en el instante en que aparecía Pepín, que corrió presuroso, cuando Rafael ya traspasaba los umbrales de la casa, con la esperanza de obtener también los favores de aquel saludo de Carmen; pero a él sólo le tocaron las sobras.

Son tan claras las señales que ofrece el amor y tan poco prudentes los enamorados, que Felicia llegó a notar, no obstante lo remoto de su entendimiento, lo que Rafael creía muy oculto a los ojos de su amante.

Esta observaba que él no era el mismo, que ya no acudía a su casa habitualmente y que, cuando venía, estaba poco tiempo y como a desgana.

La conducta de Rafael significaba para ella la quiebra de su negocio y aun algo más, pues la actriz había llegado a interesarse por su amigo. Lo quería a su manera, un poco agitadamente, con gritos y celos, y lo quería, sobre todo, con exclusivismo meridional, para sí sola.

Esto hacía que Felicia estuviera de mal humor, de tan mal humor, que doña Jacobita, su confidente, era la única que podía aguantarla.

Arrugada, extraordinariamente vieja, charlatana e intrigante, doña Jacobita vivía de sus habilidades como terecera, arreglando voluntades y, sobre todo, sobrellevando con paciencia el carácter agitado de Felicia.

Una tarde, en hora en que la amante de Rafael se daba al traste por las infidelidades que adivinaba

de su amigo, presentóse doña Jacobita, que había andado husmeando hasta dar con las razones del alejamiento de Vivares de la casa de su amiga.

Entró muy sofocada, pero el ahogo de su respiración no fué bastante a contener el chorro de su elocuencia.



Felicia llegó a notar, no obstante lo romo de su entendimiento lo que Rafael creía muy oculto a los ojos de su amante.

—Sirveme el chocolate, que vengo desfallecida... Lo sé todo, Felicia. Rafael está muy entretenido...

¿Quién le entretiene?—preguntó precipitadamente la aventurera?

—Un cuadro... Parece que ahora trabaja mucho... Felicia le interrumpió:

—Ya sé que se pasa el día en el estudio de su maestro. Mas esto no es una razón.

—Naturalmente, mujer... El cuadro es lo de menos... La modelito, esa, es de cuidado.

—¿Usted sabe quién es ella?

—¡Pues no he de saberlo! La ahijada de su maes-



— Podemos ir a ver el cuadro. Yo sé cómo entrar en la casa...

tro, una huérfana... que no tiene donde caerse muerta.

Felicia se levantó, poniéndose a pasear airadamente, estrujándose las manos, deseando que le diera un ataque de nervios, pidiéndole a los santos o al diablo que le pusieran delante la modelito para probar en su rostro la calidad de sus uñas.

Doña Jacobita, en tanto, tomaba su chocolate, sopeando de lo lindo y untándose los labios.

Aplacadas sus hambres, habló:

—Podemos ir a ver el cuadro. Yo sé cómo entrar en la casa. Sólo necesito hacer unas indagaciones que esta misma tarde puedo terminar... ¿Quieres darme para el coche?

Felicia puso en las manos de doña Jacobita unas monedas y la vieja salió a preparar su plan. Volvióse desde la puerta y dijo:

—No te apures, Felicita... El volverá. Cuenta conmigo. ¡Cuarenta años de experiencia han de servirme de algo! El volverá, ya lo creo, y cuando vuelva, entonces lo amarraremos corto para que no se escape de nuevo.

Por haberlo oído muchas veces, Felicia repitió el juicio que, en parecidas circunstancias, siempre exponen las mujeres:

—¡Todos los hombres son unos sinvergüenzas!

—¡Y que lo digas!

—Pero Rafael es peor que ninguno—añadió Felicia.

—Ciertísimo. ¡Vamos, que teniendo una mujer como tú buscar otra!... ¡Eso no tiene perdón de Dios! Bueno, me voy; estate tranquila.

Y doña Jacobita se fué, mascullando promesas y gimiendo bajo el peso de sus años en los que tanta experiencia, como tercera, había adquirido.

También habían llegado a casa de Rafael los rumores de sus relaciones con Carmen. De momento no lo sabía más que su hermana, una preciosa chiquilla, muy zalamera, que quería a Rafael con delirio. Ella lo sorprendió con la siguiente declaración:

—¡Ah, granujal! ¡Qué callado te lo tenía!

No sé de lo que me hablas.

La jovencita sonrióse bondadosamente, como una pequeña hada que lo comprendiera todo.

—¿De veras no sabes de lo que te hablo?

—Te lo aseguro.

La chiquilla se puso excesivamente seria, sentóse



— ¡Ah, granujal! ¡Qué callado te lo tenía!

en una *chaise-longue*, al lado de su hermano, y dijo:

—Se llama Carmen y es shijada de tu maestro.

—¿Qué sabes tú?

Esta vez la risa de la joven convirtiéndose en carcajada.

—¿Que qué sé yo? Pues todo, sencillamente.

Rafael comenzó a intrigarse. Hablaba su hermana con demasiada confianza en sí misma para que mintiera. Sin embargo, preguntó:

—¿Y qué es todo?

Ella, que ya no podía callarse, lanzó un suspiro de alivio y soltó todo lo que sabía de un tirón:



Su dulce hermanita quiso tranquilizarle viendo la arruga transversal que cortaba la frente de Rafael.

—Sé que estás enamorado, que ella es muy guapa, que te quiere mucho y que pensáis casaros. Sé... ¿Pero y mamá? ¿Qué sucederá cuando ella se entere?

Aquella era la única inquietud de Vivares. En efecto, le preocupaba la actitud que adoptaría su madre ante aquel proyectado matrimonio en que él había puesto todas sus ilusiones juveniles.

Su dulce hermanita quiso tranquilizarle viendo la arruga transversal que cortaba la frente de Rafael.

—No te preocupes. ¡Yo te protejo!—ofreció como si ella tuviera la solución de todas las dificultades.

Un día me llevas a ver el cuadro y a la modelo, y después... después todo se resolverá a medida de tus deseos.

La pequeña hada ofrecía su generosa intervención, segura de triunfar. Pero ella no conocía aún el ogro con el que había que luchar, el enemigo de la virtud y de la belleza que anda por los caminos del mundo aterrando a las gentes.

El ogro era en aquella ocasión doña Jacobita y Felicia, quienes, puestas de acuerdo, se dirigieron a casa de Román Arenales para conocer a la rival que ponía en peligro el porvenir económico y sentimental de la aventurera.

Salió a recibir las Pepín, el pobre Pepín, que, desde que Rafael había pintado «La Madonna de las Rosas» y logrado el amor de Carmen, consumíase de pena, luchando inútilmente con su desesperación.

Muchas veces, cuando no había nadie en el estudio, recorría el paño que ocultaba el cuadro y plantábase delante de él en muda adoración.

El arte de Rafael hacía revivir en el lienzo todo el encanto de su amada. Ella estaba allí y él la miraba con ojos nublados de tristeza, murmurando palabras inolubles, diciéndole al cuadro toda la fiebre de aquel amor suyo, silencioso y resignado, que nunca revelaría a nadie.

Entregado a uno de estos éxtasis estaba, cuando vinieron a sorprenderle Felicia y su tercera.

Pepín asomóse a la puerta.

—¿Ustedes dirán?

Doña Jacobita, adelantándose a lo que pudiese decir Felicia, a la que suponía inexperta en estas lides, dijo:

—Verá usted, somos extranjeros. Mi amiga es una princesa rusa cesante...

Pepín, abstraído en sus pensamientos, no se dio cuenta de las extravagancias que le decían.

—Nos han dicho—añadió la vieja— que hacen ustedes unos cuadros preciosos y quisiéramos verlos.

—Yo no sé si el maestro...

—¡Oh, el maestro! Le conocemos... No sea usted así.

Y doña Jacobita, adivinando la timidez de Pepín, adelantó un paso, entrando en la casa.

La decisión es el mejor procedimiento para vencer a los espíritus apocados. Por eso Pepín, ante la resuelta actitud de aquellas dos mujeres, sometióse a su voluntad, guiándolas hacia el estudio, como ellas le pedían.

Las manos de la tercera pusieronse a revolver unos cacharros de Talavera, mientras las miradas de Felicia curiosaban indagando dónde estaría el cuadro pintado por Rafael.

—¿No es Vivares uno de los discípulos del maestro?—preguntó imperiosamente.

—Sí, señora... y su mejor discípulo. Yo soy el otro.

—¿Tan joven?—exclamó doña Jacobita.—Y por lo visto ese Vivares ha pintado un cuadro muy bonito. ¿Por qué no nos lo enseña?

—Con mucho gusto.

Pepín les señaló el caballete de su compañero y descubrió el cuadro, sobre el que cayeron las miradas de Felicia como zarpas dispuestas a destruir.

Hubo un largo silencio. Las dos mujeres tenían allí, delante de sus ojos, el cuadro y la reproducción de la joven que él amaba ahora y por la que abandonara a Felicia. Sin decirselo, tenían que reconocer que era guapa.

—La modelo es... la ahijada del maestro—dijo la aventurera.

Pepín asintió. También sus ojos miraban el cuadro con el ansia devota con que siempre lo contemplaban. Y absorto en su tristeza no notó la febril excitación de Felicia, inmóvil y con las manos crispadas ante la prueba evidente del desamor de Rafael.

La cólera que la dominaba podía a veces más que su esfuerzo para contenerse y un fulgor de rabia sacudía la luz de sus miradas, obstinadamente fijas en el cuadro y estremecida de arriba abajo, provocando en sus ademanes movimientos bruscos.

—¿Desean ustedes ver algo más?—preguntó Pepín. Jacobita encargóse de contestar:

—No... La verdad, esto a mí no me divierte. Me gustan más las estampas... ¿Nos vamos, Felicia?

Se dirigieron hacia la puerta. De pronto, Felicia, que se había quedado la última, volvió sobre sus pasos, cogió un puñal damasquinado, oculto entre unas telas y, acercándose al caballete, rasgó el lienzo, destruyendo la obra de Rafael, sacrificando a sus celos «La Madona de las Rosas».

Luego corrió a la puerta y unióse a doña Jacobita, sin que Pepín hubiera advertido nada.

El pobre muchacho estaba ajeno a lo que acababa de suceder. Con la obsesión de su amor imposible, él vivía desprendido de sí mismo, con sus sentidos cerrados al mundo exterior, siempre absorto en su dolor.

¡Pensaba en Carmen!

Y Carmen pensaba en Rafael.

Arenales veía que su ahijada se encontraba triste. Por supuesto, adivinaba las razones de su tristeza.

Mientras Pepin despedía a Felicia y a doña Jacobita, en un saloncito que daba a los jardines Román y su protegida hablaban de lo que interesaba a los dos, pues el pintor hiciera suyas las inquietudes y las preocupaciones de Carmen.

Queríala como a hija, y la felicidad de la joven era para él objeto de constantes temores.

—Te veo triste, pequeña. ¿Qué te pasa?

Con las manos de la joven entre las suyas, Román animábala para que le confiara sus amarguras.

—¿Lo quieres, verdad?

—¡Lo quiero con toda mi alma! —exclamó con vehemencia la joven. —Y él también me quiere.

—Entonces no veo por qué estás triste.

—¡Soy muy desgraciada, porque su madre no consentirá nunca nuestro matrimonio!

Toda sollozante, la joven apoyó la cabeza en el pecho de Arenales.

—No seas así... Ya la convenceremos entre todos. La Marquesa es muy buena.

Pero por buena que fuese la Marquesa había alguien interesado en hacer que se opusiera a la boda de su hijo, y ese alguien le envió un anónimo ruin, que ella leyó con doloroso estupor, pues en él se decía que su hijo estaba enamorado de una muchacha de poco más o menos, que, además, era la amante del maestro.

—¿Tú no sabes quién es la novia de Rafael? —preguntó a su hija, presa de una fuerte excitación.

—Aunque no la conozco, tengo muy buenas referencias de ella.

La Marquesa le mostró la carta que acababa de recibir.

—Lee ese anónimo.

No hagas caso, mamá —dijo la pequeña hada,



— ¡Soy muy desgraciada porque su madre no consentirá nunca nuestro matrimonio!

después de leer el papelucho. —Según mis noticias se trata de una excelente muchacha... Esa carta la habrá escrito alguna celosa.

Estas palabras lograron tranquilizar un poco a la madre de Vivares. De todos modos, ella no veía claro en aquel asunto, aparte de que no se hallaba

dispuesta a permitir que su hijo hiciera un matrimonio desigual.

Pero allí estaba la pequeña hada, la hermanita buena, dispuesta a proteger los amores de Rafael. Lo que ella ignoraba era de dónde venían los golpes que trataban de destruir las relaciones de su hermano.

A la misma hora descubriase en el estudio el crimen de Felicia.

—¿Quién ha entrado aquí, Pepín?

Román preguntaba con iracundia, viendo destrozada la mejor obra de su discípulo.

—Aquí no ha entrado nadie.

Aquella declaración falsa equivalía a una declaración de culpabilidad.

—¿Entonces has sido tú?

El pobre muchacho inclinó la cabeza.

—¿No contestas?... ¿Lo has hecho por envidia?

Pepín permaneció callado.

—¿Que crea que he sido yo!—se dijo.—¿Si Carmen supiera que había sido una mujer celosa!... ¡Le quiere tanto!

Y Pepín hizo su primer sacrificio de amor.

* *

En su casa, Felicia, devorada por los celos, buscaba en el misterio pueril del azar la solución con que volver a hacer cautivo de sus brazos a Vivares.

Doña Jacobita le echaba las cartas.

La escena tenía lugar sobre la piedra de la cocina, roja y sombría. Unos troncos llamaban dando bárbaros resplandores, y a su luz la vieja iba echando las cartas y poniéndoles el comentario de su saber de bruja.

Apareció una sota, la de oros.

—Aquí sale una rabia—dijo solemnemente la echadora.

Detrás de la sota de oros aparecieron el cinco de espadas y el seis de bastos.

—Disgustos... Penas... Lágrimas...

Apareció luego el rey de oros.

—Aquí sale un viejo...

Felicia se estremeció.

No te asustes; es un viejo con dinero—aclaró la echadora.

Las cartas no quisieron aquel día decir más cosas, y doña Jacobita se despidió de Felicia.

Aun cuando Rafael se había prometido con Car-

men, alguna que otra vez visitaba a su amante, sin saber cómo romper con ella.

Aquella tarde se le presentó la ocasión.

Felicia tenía verdaderos deseos de referir su hazaña y de referírsela a su amigo, con esa inconsciencia tan femenina de procurar irritar al mismo hombre que se desea conquistar, táctica que, por inconcebible que parezca, en muchas ocasiones da excelentes resultados.

La aventurera recibió a su amigo con una primera pregunta, que podía decir mucho o no decir nada.

—¿Sigues el buen humor? ¿Te diviertes, querido?

Rafael se mantuvo en una reserva perfecta.

Entonces Felicia, bruscamente, soltó lo que deseaba decir:

—He visto el cuadro... ¡Precioso! Ya puedes pintar otro, porque ese...

Y su mano completó el sentido de las palabras con un gesto claro, que él comprendió en seguida.

—¿Has hecho eso?—preguntó, levantándose y dirigiéndose a ella en actitud agresiva.

—¿Pues qué te creías!... Vengo de allí. Y lo he rasgado de arriba abajo.

Rafael pudo contenerse difícilmente. La idea de que aquella era la oportunidad que buscaba para romper con su amante redujo su excitación. Con voz vibrante gritó:

—¡Hemos concluído!

Y se encaminó a la puerta.

—¡Lo veremos!—exclamó ella.—¡Ya volverás a buscarme!

Vivares no quiso contestarle, precipitándose hacia las escaleras para dirigirse al estudio y saber hasta dónde eran ciertas las palabras de Felicia.

¡Destruída!—La Madona de las Rosas!

El infortunado Pepín era a los ojos de Carmen y de Arcuales el culpable. Román, sin embargo, lo dudaba. El conocía bien el alma pura de su discípulo y resistíase a creer que hubiese sido el autor de aquel crimen.

Lo llamó aparte, presintiendo que no había dicho la verdad.

—Vamos, Pepín, confíesate a mí. Tú no has rasgado el cuadro.

El muchacho vaciló. Al fin decidióse a revelar lo que sabía.

—No, yo no he sido.

—¿Quién ha sido entonces?

—Una mujer, celosa sin duda... Vinieron esta mañana, querían ver el estudio. Las pasó y... ¡Ya ve usted si Carmen lo supiera!...

El maestro estrechó la mano del discípulo con emoción.

—Ya sabía yo que no podías haber sido tú.

En medio de su dolor, aquella confianza del maestro le consoló.

—Gracias, señor Arcuales—dijo con voz temblorosa.—No se lo diga a ella... Le daría mucha pena.

Arababa de llegar Rafael, al que Carmen apresuró a referir la desgracia.

—Por envidia ¿sabes? Nunca lo hubiera creído de Pepín.

—¿Estás segura de que ha sido él?—preguntó Rafael perplejo.

—El mismo lo ha dicho.

Confundido por aquella noticia, sin comprender lo que pasaba, ni cuáles eran los motivos que habían podido impulsar a su compañero para confesarse

autor de un delito que no cometiera. Vivares quiso salir de dudas, preguntando a Pepín las ocultas razones de su conducta.

Aprovechó un instante en que su novia lo dejó, para hablarle.

—¿Por qué has dicho que tú eras el culpable?

Ante el rival afortunado, sin celos, noblemente, Pepín confesó:

—¡La señorita Carmen le quiere a usted tanto!... Si supiera que había sido otra mujer...

Y la voz le temblaba, y todo él temblaba dolorosamente, cautivo de su triste condición de hombre que se enamora y no puede enamorarse, como había dicho Arcanales.

La grandeza de alma de su compañero conmovió a Vivares. Apenas si pudo dar las gracias al pobre muchacho que amaba sin que su amor le ofreciera otras alegrías que las de sacrificarse por la mujer objeto de su culto.

Se separaron.

Pepín fué a rondar por los jardines, donde ella cogía sus flores predilectas, las rosas.

Vivares quedóse solo.

—Rafael, tenemos que hablar.

Volvióse. El maestro estaba a su lado. Su rostro tenía una grave expresión de seriedad.

—Rafael, sé que tienes una amante... la mujer que estuvo aquí esta mañana y destruyó tu cuadro.

Vivares quiso disculparse, justificarse, pero Román no le dejó, pues aun no había concluido de decirle todo lo que pensaba.

—Si quieres a otra mujer, no debes engañar a Carmen.

¡Le juró a usted que entre esa mujer y yo ha terminado todo!

El maestro lo miró, titubeando.

Te creo—dijo. Pero ten en cuenta que ella te quiere como no puedes imaginártelo, que para mí Carmen es como una hija, y que si la traicionases, me traicionarías a mí también.

La curiosidad de Fernanda, la hermana de Rafael, por conocer a Carmen y el cuadro «La Madonna de las Rosas», cuyos desperfectos habían sido reparados, mal que bien, se avivó en términos que Rafael determinó a complacerla, persuadido, además, de que su hermana sería su más poderosa ayuda llegado que fuera el instante de vencer la oposición de su madre, la Marquesa.

Las locuras del amor incitaban a los novios a un enlace pronto, porque si las alegrías del noviazgo valen algo es por lo que de él se espera obtener con el matrimonio.

Y a todo trance, Carmen y Rafael desean casarse. Llenos de ilusión el uno por el otro, creían que sólo uniéndose podrían lograr la dicha perfecta, olvidando que ésta no se encuentra nunca por mucho que se la busque.

Los dos hermanos encamináronse hacia la casa del maestro, donde Carmen, prevenida de antemano, los esperaba.

Pronto las dos muchachas, a poco de parlotear un rato, se hicieron grandes amigas. Encantóle a Fernanda la suave belleza de la novia de Rafael, la dulzura de sus ojos y, más que nada, el cariño que revelaba por su hermano. Tanto le agradó que, sin contar con su madre, atrevióse a invitarla a que fuera a su casa.

—La espero a usted el jueves a tomar el te con nosotros. No se olvide.

—¿Y si a su mamá no le parece bien?—preguntó Carmen con cierta inquietud.

—Eso es cosa mía... El jueves yo vendré a buscarla.

Rafael acompañó a su hermanita buena a casa. Ella por el camino le reveló la impresión que le produjera su nuevo conocimiento.

—Es muy simpática y muy bonita... No te la mereces.

—¿Acaso yo no soy también simpático? Y en cuanto a bonito... Bueno, bonito precisamente, no; es un adjetivo que no le va bien a un hombre. Pero soy una buena figura.

Fernanda burlóse de aquellas pretensiones. Luego, volviendo al tema de los amores de Rafael, añadió:

—Seréis muy dichosos. Yo seré vuestra hada madrina... ¡Verás qué vestido de hada me encargo para la boda!

Tres días después, el jueves, Fernanda volvió a buscar a Carmen para llevarla a su casa, donde su madre tomaba el te con algunos amigos íntimos, y

como amigo, suya presentó a la prometida de su hermano.

La Marquesa no supo quién era hasta que su hija se lo dijo en un aparte.

—¿Te agrada esa joven?

La madre de Rafael observó a Carmen discretamente, aunque con la mayor atención posible.

—Muy mona.

—¿Sí?... Pues mi amiga es... la modelo... de la que Rafael está enamorado.

La marquesa hizo por indignarse.

—¡Muy bien! ¡Esas son tus locuras!

—¿Por qué, mamá?

—Porque yo no consentiré nunca en esa boda... Nunca, nunca.

—¡Oh, mamá! ¡Cómo te pones! Se diría que ella es una mujer cualquiera.

—¿La conoces tú, quizás?

En tono humilde, pero sonriéndose por dentro, Fernandita replicó zalameramente.

—Si no la conociera no la hubiera traído a mi casa.

—Es igual; no disculpas tu conducta. Y vuelvo a repetirte que nunca consentiré en esa boda.

Carmen no se dio cuenta de nada. Esta conversación tenía lugar lejos de la abijada de Arenales, y aun después, la correcta actitud de la Marquesa no pudo hacerle presumir las malas disposiciones en que se encontraba hacia ella.

Rafael supo por su hermano la irreducible oposición de su madre y transmitió la desagradable noticia a su maestro.

—Yo veré a la Marquesa—prometió Román.

La conozco y espero convencerla.

En efecto, Arenales solicitó ser recibido de la madre

de Rafael, y le expuso todas las circunstancias que concurrían en las relaciones de su hijo de manera que la predispuso favorablemente.

—Tenga usted en cuenta la vida de Rafael antes de ponerse en amores con mi abijada. El cambio que se ha realizado en él desde esa fecha debe convencerla a usted de la benéfica influencia que sobre su hijo ejerce su novia.

—Pero piense usted, amigo Arenales, que él es el primogénito de mi casa y el heredero de mi título—adujo la señora.

—Pero piense usted, Marquesa, que Carmen es la heredera de un nombre honrado.

—No es lo mismo...

Román, que veía en peligro la felicidad de su protegida, hizo lo que no hubiera hecho para sí: rogar.

—Yo le aseguro que ella es digna del hijo de usted. Se quieren, serán muy dichosos... ¡Sea usted generosa!

Y ante aquella súplica, la Marquesa accedió.

—Está bien. Que se casen.

Alzó las manos y concluyó declarándose vencida.

—¡Esos hijos!

Con aquella noticia, Román y Rafael corrieron alegres como chiquillos, al estudio.

—Pequeña, ¡hija!—entró gritando Arenales.

Carmen acudió presurosa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué corréis?

—¡Si supieras!—exclamó Rafael.

—Vengo de ver a la madre de éste—dijo Román.

Y los dos hombres, interrumpiéndose, continuaron refiriendo la entrevista que acababa de celebrarse entre el maestro y la Marquesa.

—Al principio se oponía... comenzó Areales.

—Pero luego... añadió Rafael.

—Supe hablarle al corazón...

—Ella, sin embargo, se negaba...

—Hasta que al fin...

La muchacha lanzó un grito de impaciencia.

—¡Arabad de una vez, que me matáis!

—Pues nada, que accede a vuestra boda.

—¿De veras?

—Sí, hija, sí... Abraza a tu novio delante de mí ya que hasta ahora, para hacerlo, os escondáis.

—¡Padrinol! exclamó Carmen toda encendida.

—No seas tonta. Lo que hacíais era muy natural... Claro que ofrece ciertos peligros, peligros que ahora no existen.

Y Areales, con un júbilo que le asomaba a los ojos, añadió riéndose:

Vamos, abrazarse... ¡Y a ser felices!

Pepín los vió, oculto detrás de una cortina. Su pobre corazón lloraba lágrimas de sangre. Sufría mucho, y a pesar de esto, tan grande era su amor, que observando la alegría de Carmen, a veces, algo parecido a una sonrisa y que sólo era una angustiosa mueca, dibujábase en sus labios exangües.

Después, para aumentar su tortura, Carmen lo llamó. Ella era tan dichosa que olvidaba la puñalada con que Pepín—Carmen seguía ignorando la verdad—había rasgado «La Madona de las Rosas».

—Soy muy dichosa, Pepín.

El procuró mostrar un rostro alegre.

—Ya lo oyes—agregó la joven.—Tienes que querer a Rafael tanto como a mí... y te perdono.

Pepín volvió a sonreír. Su voluntad se deshacía

en la lucha que se veía obligado a sostener para contener las lágrimas.

¡Carmen le perdonaba!

—Me perdona—se dijo Pepín solo ya, solo con su amargura.—Está bien... Los desgraciados como yo, cuando quieren con toda su alma no pueden aspirar a más. Ya es bastante que me perdone.

El mismo, al decirse esto, no se daba cuenta exacta de la naturaleza de sus sentimientos en aquellos instantes. Le dolía el alma. Esto era lo único de que estaba seguro.

¡Ella le perdonaba!

¿Qué más podía pedir?

Sintió que su cuerpo deforme se le derrumbaba y apoyóse en la pared. Las palabras de la joven seguían sonando en sus oídos como un toque de agonía...

Pocos días después celebrábase el matrimonio, y Carmen y Rafael, radiantes de felicidad, partían para su viaje de novios.

Largas las horas e iguales los días, el tiempo comenzó a pesar en el estudio de Arenales. La marcha de Carmen, su rápida partida con su marido, tan rápida que pareció una fuga, como si ellos temieran encontrar cerradas las puertas del país de la dicha si no se daban prisa, dejóle a Román una impresión de soledad desoladora.

Los pocos meses que la joven había vivido en su casa transformaron el carácter del maestro, hasta entonces amigo de llevar una existencia independiente y sin trabas alguna y, sin embargo, encantado al tener a Carmen consigo, de hallarse sometido a la suave tiranía de aquella encantadora amita de casa, que se atrevía a reñirle si regresaba tarde de noche y que lo cuidaba, adivinando sus deseos y satisfaciendo sus menores caprichos con filial solicitud.

Ahora no tenía más compañía que la de Pepín, siempre atormentado por su pena de amor y resignado con su triste suerte.

¿Hubo carta?—preguntaba Román a su discípulo todas las mañanas.

No, señor... Es decir, sí, han traído muchas cartas; pero de la señorita Carmen ninguna.

—¡Son unos ingratos, como todos los felices!

—Se habrá extraviado; ella debe haber escrito—trataba de excusarla Pepín.

—No lo creas; lo que pasa es que ya no se acuerdan de nosotros... Sólo piensan en ellos mismos.

En tanto, Felicia también esperaba. Ella, a pesar de lo irremediable del matrimonio de su amante, confiaba en que él volvería algún día a su lado para reanudar las alegrías tumultuosas de su turbulenta pasión.

Todos los obstáculos que tratara de poner en el camino de los amores de Carmen, no habían servido de nada. Sin embargo, persistía en su idea fija de atraerse otra vez a Rafael, de aprisionarlo de nuevo en sus brazos.

Doña Jacobita la animaba, sosteniendo sus esperanzas y aumentándolas con las promesas de sus artes de embelecadora.

Casi todos los días le echaba las cartas, y éstas, siempre dóciles a la voluntad de la vieja, decían cada vez cosas distintas.

—¿Qué dice esa carta, Jacobita?

Felicia miraba un caballo de oros que su amiga acababa de sacar de la baraja.

—Que te quiere siempre, que volverá más enamorado que nunca—explicó la terecera.

Una tras otra, las cartas se alineaban en largas filas de símbolos que la vieja iba descifrando poco a poco.

¡Aquí sale una muerte!

Felicia se inclinó bruscamente sobre la carta que le indicaba doña Jacobita.

¿Una muerte?

—Sí... Ahora, que no se a quién le tocará... Espera...

Apareció una sola.

—¡Una mujer!

La aventurera, obedeciendo a sus deseos, exclamó:

—¡Ah, sí! Debe ser ella... Rafael será viudo pronto.

Doña Jacobita no replicó. Aunque no tuviera fe en las cartas, algunas veces no podía sustraerse ante ciertas coincidencias, a un miedo supersticioso, que la sobrecogía, aterrándola y poniendo frío en sus huesos.

—¡Basta por hoy!—dijo recogiendo las cartas.

—No hay que jugar con estas cosas... A lo peor, eso de la muerte resulta cierto y le toca a quien menos lo desea. Y yo, por mi parte, puedo decir que no tengo maldita la gana de morir.

—¡Bah! Usted está aún muy fuerte—dijo Felicia a la que divirtió el temor de su amiga.

—Esa es la justa; fuerte si estoy... Pero donde menos se piensa salta, no la fiebre, sino la Descarnada y...

Sacando la lengua doña Jacobita dió a sus palabras un sentido un poco macabro.

—Vamos, señora, que muchas más jóvenes que usted desearían tener su salud.

—Cierto; Felicia, cierto; mira la dentadura: la tengo casi completa. No me faltan más dientes que los de arriba. Y en cuanto al pelo, sólo la mitad es postizo... ¡Me conserva bastante bien!

—¿Por qué le preocupa entonces la muerte?

—Es que las cartas...

Felicia lo interrumpió fuertemente excitada:

—Lo que han querido decir las cartas es que Car-

men no vivirá mucho tiempo y que Rafael será libre de nuevo.

El deseo engañaba a la aventurera.

En una ciudad de levante, Carmen y su marido, llenos de vida y locos de amor, gustaban ávidamente de su cariño, viviendo sólo para sí, extraños a todo, jugando como chiquillos.

Para pasar su luna de miel habíanse instalado en una linda propiedad de la Marquesa, sita en un lugar de incomparable belleza.

Allí, los dos solos, dueños del tiempo, hacían todas esas deliciosas tonterías—¡divinas tonterías!—a las que siempre están dispuestos los matrimonios en su periodo de iniciación, breve carrera de locuras pueriles, de transportes increíbles, de risas y de besos.

Para ellos las horas pasaban fugitivas, sin que lo notase su amor.

No pensaban que su alegría pudiera tener un término, que toda felicidad es transitoria y que detrás de las risas vienen las lágrimas.

Tenaz en sus propósitos, Felicia había ideado un audaz proyecto que debía poner en peligro la ventura del joven matrimonio.

—Vístase usted lo más elegante que pueda—dijo un día a doña Jacobita.—Tengo mi plan.

—¿Qué es lo que has pensado?

—Algo que la sorprenderá a usted.

Estas palabras excitaron la curiosidad de la bruja.

—Habla, hija; yo puedo darte un consejo. Quizá lo que has pensado no sea tan bueno como te parece. Felicia afirmó rotundamente:

—No hay quien lo mejore. Oigame usted.

Doña Jacobita tomó asiento cerca de la ventu-

tera, a la que miraba intrigada con sus ojillos calvos de pestañas.

—Soy toda oídos, Felicita.

—Pues usted verá; he escrito al pintor, al maestro de Rafael, y le he suplicado que viniere a verme.

—La idea no es mala. ¿Y qué es lo que te propones hacer cuando él venga?

—Pedirle que me haga un retrato.

El asombro de doña Jacobita prorrumpió en gritos:

—¿Un retrato! ¡Dios nos asista!... ¿Para qué quieres tú un retrato, criatura? Eso costará mucho dinero.

—Usted no me ha comprendido. El retrato no tiene importancia; mi plan es entonces cuando empezará a desarrollarse... Y no me pregunte más; vístase y prepárese conmigo a recibir al señor Arenales.

En efecto, Felicia había escrito al maestro, y como este ignoraba que ella fuera la antigua amante de Rafael, aunque en la carta no se le especificaba claramente lo que se pretendía de él, Román, hombre correcto, aceptó la invitación, presentándose en casa de la aventurera.

Le recibió doña Jacobita.

—Mi sobrina—dijo la vieja—vendrá en seguida. Siéntese usted, caballero.

Arenales observó aquel saloncito, decorosamente amueblado, casi con lujo. Aquello le pareció bien.

Pero aún le pareció mejor Felicia, que entró, poco después de la llegada del maestro, maravillosamente vestida y deliciosamente coqueta.

—¡Oh, maestro, cuánto le agradezco que haya venido usted!—lo saludó tendiéndole la mano.

En un extremo del salón, afectando modales de

señora, doña Jacobita asistía a la entrevista con aire risueño, asintiendo a las palabras de aquella a la que llamaba su sobrina y abriendo los ojos con admiración cuando era Román el que hablaba.

Desgraciadamente, a la vieja se le ocurrió sacar el pañuelo del bolso y, al hacerlo, la baraja se le cayó al suelo. Por muy de prisa que anduvo para recogerla, Arenales lo vio todo. Sin embargo, doña Jacobita no se inmutó.

—Es un recuerdo de mi difunto esposo—dijo con voz compungida.—Desde que un día me juró que no volvería a tocar una carta, lo llevo siempre conmigo.

—Plausibles sentimientos—insinuó Arenales viéndose en la necesidad de decir algo.

—El pobrecito mío—añadió la vieja—se jugaba al mas los jornales... quiero decir el sueldo, porque era empleado ¡y de los de veinte mil reales!

No sabemos hasta dónde hubiera llegado la echadora en sus fantásticas explicaciones, si no la contuviera una imperativa señal de Felicia. De todos modos, pareciéndole que debía concluir de una manera pertinente sus alusiones al difunto, agregó:

—¡Pobre Ladislao! Ya se murió. Hace quince años. Se cayó de un andamio... no... sí... Fué en un incendio, ¿sabe? El iba por la calle, oyó gritos, y por salvar a una señora...

Una nueva señal, en la que intervinieron las uñas y los dientes de Felicia, cortó en seco aquel desastroso final con que la charlatana de doña Jacobita trataba de referir la muerte de su pobrecito Ladislao.

La vieja ya no volvió a despegar los labios, y la conversación de Felicia y de Arenales no fué interrumpida más veces.

La aventurera ponía en juego todas sus gracias para rendir la voluntad del pintor, el cual, desde el primer momento, seducido por la belleza de aquella mujer, prestábase de buena gana a sus deseos.

—Le he rogado que viniera a verme—expuso al fin Felicia, apuntando al blanco—para decirle que desearía tener un retrato hecho por usted.

Yo tendré mucho gusto en complacerla—repuso Román, inclinándose ante la voluntad de la aventurera.

—Sé que es usted un gran artista.

Román hizo un gesto amplio, el gesto del hombre que acepta los elogios aunque aparenta rebasarlos.

—¿Cuándo quiere usted que comencemos?

—Si le parece bien, mañana mismo.

—Por supuesto, mi estudio reúne inmejorables condiciones; de manera que, si para usted no es molesto trabajaremos en mi casa.

—Por mí, encantada.

Arenales volvió a su casa muy contento y un poco excitado. Aburrido y triste desde la ausencia de Carmen, el conocimiento de Felicia se le antojaba una dichosa casualidad.

—Pepín, prepara todo lo necesario; mañana empezaré un retrato.

El fiel discípulo tenía también una buena noticia que dar.

—Ha habido correo.

—¿De ella?

—Sí, señor... Es una postal.

Román la leyó apresuradamente.

—¡Qué lacónica! Y para ti no dice nada.

Los labios de Pepín volvieron a florecer con la sonrisa triste de siempre.

—¿Quién soy yo para que se acuerden de mí?

Tenia arraigada la creencia de su insignificancia. Su lamentable figura, al haberle chocar con las burlas de las gentes y al desprecio de las mujeres, sembró en su alma el desprecio por sí mismo. Ahora que, siendo como era fundamentalmente bueno, aquellas burlas y aquellos desprecios, en vez de engendrar el odio despertaron en él el espíritu de sacrificio, la masedumbre y una infinita ansia de amor que había encontrado el objeto de su culto en Carmen, hacia la que se proyectaban sus sueños sin esperanza. Ciertamente que no podía arrojar de sí su amargura incesante, aquel dolor anidado en su pecho y que le roía el corazón henchido de aspiraciones. Pero él sobrellevaba el dolor y aceptaba la desabrida amargura como deudas que debía pagar porque amaba.

Dócil a las órdenes del maestro, Pepín le preparó el caballete y las pinturas, y al día siguiente, como habían convenido, Arenales comenzó el retrato de Felicia.

La aventurera, poniendo en práctica sus planes, procuraba turbar a Arenales haciendo hábil ostentación de su belleza, jugando entre casta y provocativa a enamorarlo.

Atraído por Felicia, sintiendo la fascinación que ejercía sobre sus sentidos, Arenales se iba desposeyendo de su energía inconscientemente y convirtiéndose en esclavo de la antigua amante de Rafael.

A estas sesiones asistía doña Jacobita. Su fracaso el día de la visita del maestro a Felicia, tentaba preocupada, porque su amiga, en cuanto el pintor se marchó, hablaba abrumado con sus censuras.

La vieja no se resignaba a aquel fracaso, y para

compensarlo en cierto modo, una tarde, mientras Arenales hacia el retrato de Felicia, la vieja dejó caer de su bolso con estruendo un rosario; y no se apresuró a recogerlo, sino que dio tiempo a que el maestro lo viese.

Luego inclinóse y besó la cruz del rosario con mucha devoción.

Arenales apenas si se dio cuenta del amañado incidente. Los ojos de su modelo atraían toda su atención, y su trabajo padecía con esto, pues él, preso en los hábiles manejos de Felicia, sólo pensaba en no perder ninguno de los encantos que le ofrecía aquel inesperado y gustoso flirt.

—¿Quiere usted mirarme?—rogó a la modelo en un momento en que ésta se distrajo.

Los ojos de Felicia se fijaron con insistencia en los de Arenales, cuya mano titubeó al intentar un nuevo trazo en el retrato.

—¿Quiere usted levantar un poquito la cabeza?

La garganta de Felicia se mostró toda blanca, tersa la piel que se doraba en los hombros.

Y de nuevo tembló la mano al maestro.

Doña Jacobita hacia como que rezaba, pasando entre sus dedos nudosos las cuentas del rosario.

—No sé lo que me pasa—dijo de pronto Arenales.

—¿Se siente usted malo, maestro?—preguntó Felicia con aparente inquietud.

—No puedo pintar... ¡No puedo! Si es posible que no esté bien... Nunca me ha sucedido esto.

Aquello era lo que esperaba la aventurera.

—Le convendría pasar a usted una temporada en el campo—apresuróse a decir.

Arenales protestó.

—No, de ninguna manera... Esto se pasará.

Y aunque decía esto, no eran las palabras fiel expresión de lo que pensaba. Sus ideas eran otras.

«Si me voy al campo—decíase—habrá que interrumpir el retrato y mis diálogos con esta deliciosa mujer.»

—Yo tengo una casita—añadió Felicia.

Román no pudo reprimir un ligero sobresalto.

Ella lo vió y adelantóse a sus observaciones, prosiguiendo:

—Allí podría usted terminar el retrato. ¿Qué le parece?

Le parecía tan bien que no tenía palabras para decirlo. ¿Qué más hubiera deseado él que una temporada, lejos de la ciudad, conviviendo con esta mujer que cada día le gustaba más?

—Yo no sé—murmuró.—Esto sería un trastorno para usted, y la verdad...

Viendo la partida ganada, Felicia insistió:

—Convénzase usted; el campo le sentaría admirablemente. Y para mí no sería ningún trastorno; al contrario, usted sería un excelente compañero...

Y lo miraba dulcemente, disolviendo su voluntad de resistir, dominándolo, entrándosele en el alma lento y seguramente.

—¿Qué, acepta?

—Puesto que usted lo quiere...

Veinticuatro horas después se habían trasladado a los alrededores de la ciudad, a la casita de campo de Felicia, un lugar pintoresco, propicio a los planes de ella, que marchaban por el camino que había trazado de antemano.

Doña Jacobita los acompañó, y sus aptitudes

campesinas y domésticas tuvieron allí tiempo y espacio para desarrollarse.

En el transcurso de algunos días se trabajó en el cuadro. Poco a poco, Arenales iba enamorando de Felicia, y sencillo como un novicio, con esa ingenuidad del que ha olvidado las experiencias adquiridas en la juventud, su credulidad de hombre en los linderos de la vejez dábale la ilusión de que ella le quería por él mismo, aun cuando no se lo dijera, acaso esperando a que él hablase el primero.

Todo contribuía a encender su fe en este sentido. Felicia buscaba su compañía, y a su lado mostrábase alternativamente triste y alegre, se turbaba, como una doncella, si él le dedicaba un elogio, y en las horas en que tenía que posar, desplegando todos los recursos de su coquetería, acentuaba sus seducciones.

Y una tarde...

Habían salido a dar un paseo por el bosque. Ella vestía un traje sastre, con el que estaba elegantísima, y ocultaba su cabellera bajo un sombrero de amplias alas.

—Hoy no ha trabajado usted nada —dijo ella, apoyándose en el tronco de un roble.

—Ante una modelo como usted el arte se declara vencido.

—¿De veras?

—A usted no le sabría mentir.

—Voy a creer que está enamorado de mí.

Román apoyó el brazo en el árbol, a la altura de la cintura de Felicia y preguntó:

—¿Y si lo estuviera?

Felicia no contestó, pero lo miró codiciosamente, atrevidamente.

Y la mano de Arenales y luego su brazo buscaron el tallo de la mujer.

IV

Al regresar de su viaje de novios, Carmen y Rafael fueron a visitar a Román Arenales y sólo hallaron a Pepín, que tuvo que cerrar los ojos para que no se trasluciera en ellos la impresión que le produjo la vista de la joven mujer, toda encendida por las alegrías del matrimonio.

El muchacho estaba delante de ellos confuso y tembloroso; latía el pulso precipitadamente, y un extraño rumor lo ensordecía.

Tuvieron que repetirle la misma pregunta:

—¿Y el maestro?

—¿Qué te pasa, Pepín?—preguntó Carmen.

La voz de la mujer volvió a la realidad al muchacho.

—No, nada... A mí no me pasa nunca nada... El maestro no está en Madrid.

—¿Y en dónde está?

—No lo sé; se fué de viaje con unas señoras.

Carmen y Rafael lanzaron a un tiempo esta exclamación:

—¡Con unas señoras!

—Sí, con unas señoras... Creo que lo invitaron a pasar una temporada en el campo.

Demasiado preocupados por su propia felicidad, Carmen y Rafael no insistieron en saber más.

—Bueno, ya volveremos por aquí cuando él regrese... Adiós, Pepín.

Y se marcharon.

Como siempre, Pepín quedó solo. Oía las risas y las voces alegres de los que se iban y aquellas voces y aquellas risas hacían más agoniosos los tañidos de la campana que creía oír tocando a muerte por sus ilusiones. El paso de ella había sido como una racha de viento primaveral que arrastrase los gérmenes de todos los aromas. Pepín los aspiraba aún y pensaba:

«Ella es dichosa. Debo alegrarme... ¡No sabe lo que yo la quiero! Después de todo es lo mejor. Aunque lo supiera, además, sería lo mismo. Yo seré hoy y mañana el pobre Pepín. Consolémonos, pues.»

Pasados tres días, Pepín tuvo la sorpresa de ver regresar al maestro acompañado de Felicia, con lo que se había casado.

Aquel matrimonio formaba parte del plan de la aventurera.

Arenales, sintiendo como un renacer de su antigua juventud, arrastrado por una senil fiebre de amor, uniérase a Felicia apenas sin conocerla, creyendo haber encontrado la mujer que no hallara en sus años mozos.

Presintía, sin embargo, que algo de locura había

en su conducta, pero procuraba engañarse a sí mismo poniendo toda su fe en el cariño que ella sabía fingirle.

Carmen había dejado una carta para su protector, que Pepín le entregó el mismo día de su regreso.

Felicia quiso saber quién escribía a su marido.

—Es de mi abijada... Quiere saber de mí.

—Me parece muy natural... ¿Qué piensas contestarle?

—No sé...

—¿Cómo que no sabes? Es ridículo que no le des parte de nuestra boda. ¿A qué ese misterio?... No hemos cometido ningún crimen.

—Haré lo que tú quieras—repuso Arenales con humildad.—Pero comprenderás que tengo cierto reparo en darle la noticia de nuestra boda, cuando no tuve antes la delicadeza de anunciársela.

—Tuya es la culpa. No sé por qué nuestra boda ha de ser un secreto, ni por qué tuviste el capricho de que nadie supiera que íbamos a casarnos. Yo accedí a todo para que no dudases de mi amor. Y, por lo mismo, ahora te ruego que hagas público nuestro matrimonio.

Notábase que existía una dependencia de Arenales con relación a su mujer; sin duda ella lo dominaba. El imperio de su opulenta belleza podía más que la inteligencia clara del pintor.

—Mañana, sin falta—añadió Felicia—irás a visitar a Carmen, y la invitarás a que venga a nuestra casa con su marido.

—Bien, bien; no habiemos más.

Y al día siguiente Arenales cumplió la palabra prometida a su mujer.

Carmen abrazó a su protector con verdadera alegría.

—Estuve en su casa y le dejé una carta—le dijo la joven. Y luego, señalando a su marido allí presente, añadió.—Rafael deseaba que emprendiéramos un nuevo viaje por las provincias del Norte, pero yo no quise: el otoño me encanta pasarlo en Madrid... ¿Y usted?

Arenales adoptó un aire de culpable.

—Yo, hijos míos, casi me alegré de que no me hallaseis en el estudio.

¿Por qué? ¿Tan ofendido está con nosotros?

No, lo que pasa es que me daba vergüenza presentarme ante vosotros.

¿Que dice usted?—preguntó Rafael, tan sorprendido como su mujer, que miraba a su protector con ojos de asombro.

—Sí, hijos, me daba vergüenza porque... me he casado.

La estupenda novedad impidió decir nada al joven matrimonio.

¡Estaba tan triste y tan solo desde que os fuisteis!—lamentó Ramón disculpándose.

Carmen tomó la cosa a broma.

—Muy bien, padrino. Se conoce que le hemos dado envidia. Ahora que debió usted habérselo dicho antes.

—¿Para qué? A mis años estas cosas se hacen silenciosamente, sin prevenir a nadie, o no se hacen.

—Estoy deseando conocer a la mujer elegida por usted. Si a Rafael le parece bien le iremos a visitar en seguida.

—Lo mejor es que vengaís a almorzar con nos-

otros—propuso Arenales—y entonces conoceréis a Felicia, mi mujer.

Rafael no pudo disimular que un recuerdo evocado por aquel nombre cruzaba por su mente. La coincidencia del nombre, con ser un indicio de poca importancia, le sobresaltó. ¿Sería posible que la mujer del maestro y su antigua amante fueran la misma persona?

Aunque sus preguntas pudieran parecer excesivamente curiosas, Vivares dijo:

—Por supuesto vivirán ustedes en el estudio.

—Si; además ella no tiene más familia que una anciana tía, que la visita con frecuencia... Es una mujer muy pintoresca.

Todo aquello no aclaraba las dudas de Rafael.

—¿Y esa tía de su mujer—preguntó—vivía antes con ella?

—No, Felicia vivía sola; su pariente, doña Jacobita...

—¿Doña Jacobita! interrumpió Rafael sin poderse contener.

—Te hace gracia el nombre.

—Sí... no es un nombre bonito precisamente.

Arenales siguió explicando ciertos pormenores acerca del carácter de la tía de Felicia. Vivares ya no le oía. Confirmados sus temores, sólo tenía un desco: ver a su antigua amante. ¿Con qué objeto? Lo ignoraba. Era como si su dormida pasión se despertara y sintiese la herida que le causaba el matrimonio de la aventurera.

Salió de su casa, poco después que Arenales, para entrevistarse con doña Jacobita.

Momentos más tarde la echadora de cartas llegaba al estudio.

—Rafael desea hablarte, Felicia.

—¿Lo has visto?

—Acabo de estar con él... Ya te dije que volvería.

—¡Ese es el triunfo de mi plan!

Se oyeron los pasos firmes de Arenales, y Felicia impuso silencio a su confidente.

—¡Cuidado, mi marido!

Satisfecho de haber complacido a su mujer, el pintor parecía muy contento.

—He visto a Carmen y a su marido; les he invitado a almorzar.

—Has hecho bien. ¿Vendrán mañana?

—Quedamos en eso; Carmen tiene muchos deseos de conocerte. Seréis buenas amigas. Ya verás qué deliciosa es esa criatura.

Felicia, conmovida por el aviso de doña Jacobita, mostrábase, sin embargo, tranquila, aparentando una indiferencia que no podía sentir. Todos sus actos iban encaminados a recobrar a Rafael y su buena suerte le aparejaba los sucesos de la mejor manera posible para el logro de sus propósitos. En medio de su inquietud, perfectamente disimulada, no podía ocultar su alegría.

—Eres el mejor de los maridos. Román, y el más correcto de los caballeros—dijo.

Y esto lo decía al mismo tiempo que pensaba engañarlo.

Las palabras de Felicia compensaron a Arenales del esfuerzo que había tenido que hacer para comunicarle a su abijada la noticia de aquel matrimonio que, aunque hacía su dicha, no obstante producía la impresión de que había sido una locura.

La fuerza de las pasiones que en la gente joven parece arrolladora, es en las personas maduras

donde, cuando consiguen arraigar, hacen más estragos. La tragedia del joven que cree que su vida carece de finalidad, todo porque ha fracasado en un intento amoroso, no pasa de ser un arrebato que pronto se disipa. En cambio, en las personas maduras, menos impetuosas, pero más firmes en sus sentimientos, un fracaso de esta naturaleza basta a destruir sus vidas, pues aquella es su última ilusión y se aferran a ella con todas sus energías, y si esta ilusión sufre el golpe del engaño, entonces nada hay ya que pueda reanimar a las víctimas ni encender la esperanza en sus corazones.

Por eso, el amor de Arenales por Felicia era, para él, que se encontraba en el declinar de su vida, la última y también la mejor alegría de su alma; aquel amor representaba el último grano de la ilusión arrojado en el incensario de la dicha.

Carmen y Rafael llegaron al estudio una hora antes del almuerzo.

Felicia y su amante, al encontrarse de nuevo, saludáronse con correcta indiferencia. Nadie notó que sus manos temblaron al estrecharse.

Por el contrario, entre las dos mujeres, que acababan de conocerse, hubo una explosión de frases amables, de aparente cordialidad en la esposa de Román, y sinceramente efusivas en Carmen.

—Les dejo a ustedes; están en su casa—dijo Arenales a Rafael viendo a éste con su mujer en el estudio.

El desco que tenían de hablarse en el primer momento les impidió decir nada. Felicia miraba a su amante triunfalmente, segura de haberlo recobrado.

Stbitamente Rafael exclamó:

—¡Eres una mala mujer!

Felicia, sorprendida de aquella violencia, tuvo como un sobresalto de ira y de celos.

—¿Es eso lo que tienes que decirme después de haberme engañado?—preguntó.

—¡Engañarte yo! ¿Por qué? Nunca me unió a ti ningún compromiso; jamás he pensado, ni tu lo pen-

saste tampoco, que nuestras relaciones fueran eternas... ¡Tú eres la que engañaste a ese hombre que ha sido para mi mujer como un padre!

Y puede que algo más.

Aquella injuria era demasiado brutal para que Rafael pudiera contenerse. Levantóse rápido de su asiento y se dirigió hacia Felicia. De pronto se detuvo.

—Te dejo por no hacer un disparate.

Ella rióse de la amenaza. Se sentía más fuerte que él, en cuyos ojos había vuelto a ver cómo se encendía la llama del deseo, aquel fuego que había sido el lazo que los uniera a los dos.

—Ya volverás, Rafael.

Vivares no traspuso la puerta. Algo le atraía, impidiéndole avanzar.

Adivinando sus vacilaciones, Felicia insistió:

—Ya volverás, no lo dudes.

Rafael titubeó; en seguida, retrocediendo, acercóse otra vez a la aventurera.

¡Ah! ¿Soy tu prisionero?

Y antes de que pudiera dudarle ella le echó los brazos al cuello, encadenándolo.

—¡Eres mío, nada más que mío, aunque no lo quieras!

Alzó hacia él la cabeza, con los labios rojos y llenos de codicia, pidiendo besos.

—¡Mío, mío siempre!—exclamó.

El no pudo más. Inclínose sobre la boca de su amante y volvió a decirle:

—Te quiero, Felicia, es verdad. ¡Soy tuyo, tuyo siempre!

Después del almuerzo, los dos matrimonios tomaron café en el saloncito próximo al estudio. Y las dos

víctimas del mismo engaño rieron y hablaron y pasaron un día agradable, mientras que los que los traicionaban, ocultándose tras la máscara del disimulo, se daban la primera cita.

Al despedirse, Carmen dijo a su protector y a Felicia:



—Es verdad; no he podido sustraerme a la impresión desagradable que me produjo la mujer de Arnau.

—Supongo que ustedes vendrán a almorzar con nosotros la semana próxima.

—Te lo prometemos —ofreció Román.

De vuelta en su casa, Carmen preguntó intrigada a su marido:

—Todo el almuerzo has estado como preocupado. ¿Qué te pasa?

Es verdad; no he podido sustraerme a la impresión desagradable que me produjo la mujer de Arenales.

—[Qué exagerado! Parece un poco libre en sus modales, pero otra cosa no.

—¿Qué quieres que te diga? No me ha sido simpática y creo que no nos conviene frecuentar su trato.

Demasiado ingenua, Carmen, aunque extrañada por la energía con que Rafael le comunicaba sus impresiones acerca de Felicia, no se asombró mucho. Su amor por su marido le hacía creer en él ciegamente. De todos modos, observó:

—Piensa que es la esposa de mi protector y que, por él, no debemos rehuir la amistad de Felicia... aparte de que, por ahora, tus aprensiones carecen de fundamento.

Ella no podía presumir cuáles eran las razones que inducían a su marido a expresarse como lo hacía.

—Además—añadió—los hemos invitado y ellos han prometido venir a almorzar con nosotros.

Rafael no contestó. Los recuerdos recientes de la luna de miel no se habían borrado de su memoria; amaba a su mujer. Pero Felicia lo atraía también; y entre las dos, él no sabía qué hacer, deseando seguir fiel a su esposa y, al mismo tiempo, no queriendo renunciar a su amante.

En días sucesivos, Carmen pudo notar en su marido cierta frialdad. Se alejaba de ella; ya no la buscaba como antes, y era visible su mal humor, que se manifestaba a todas horas y por las cuestiones más nimias.

Para la ingenua muchacha, que había llevado al matrimonio todo el caudal de sus alegrías, este cambio fué una tortura, y las primeras lágrimas asomaron a sus ojos, abiertos hasta entonces a un mundo nuevo, lleno de luz y de esperanza.

El temor y la duda nacieron en su alma. ¿Habría dejado él de quererla?

Fueron aquellos días muy tristes para Carmen. Ella notaba como se iban marchitando sus ilusiones, y Rafael, al volver a su casa, podía observar las huellas del llanto en los párpados enrojecidos de su mujer.

La joven sobrellevaba sin embargo, con resignación, su pena, pues aún estaba llena de confianza su alma, y la idea de los celos no surcara aún su pensamiento.

Su amargura no era tanto por miedo al porvenir como por dolor del pasado interrumpido, de las perdidas alegrías de los primeros tiempos de su matrimonio.

—[Había sido tan dichosa!

Pero le dolía, sí, le dolía hasta hacérsele intolerable haber perdido aquella dicha.

Fernanda, la hermana de Rafael, la había buena que con su generosa intervención tanto había influido para que su madre accediese a aquel enlace, notó un día la tristeza de Carmen.

—¿Qué te pasa? ¿Te has pechado con Rafael?

Carmen sonrió tristemente.

—No, no nos hemos peleado—contestó.

—Entonces ¿qué tienes? ¿Es que el granuja de mi hermano ha salido hoy de casa sin darte un beso?

Sí, me ha besado, pero...

—¿Pero qué? A ver si resulta ahora que tú te enfadas porque tu marido sale solo a la calle.

La alegría de la buena hermanita distrajo un poco de sus amarguras a Carmen.

—Bueno, mira—añadió la muchacha—, lo que está claro es que tú estás disgustada y que él es el único culpable. Pues bien, yo voy a darte un remedio para eso.

—¿Cuál?

—Dile a Rafael que te compre algo, y no cualquier cosa, sino algo bonito y que le cueste mucho dinero.

—¡Si con eso se resolvieran las cosas!

La lamentación de Carmen le salió tan de lo hondo que Fernanda se impresionó.

—¡Ah! Pero se trata de algo grave. A ver, cuéntame...

—No, de grave no puede tacharse lo que sucede. Es posible que no pase nada. Sin embargo, yo tengo miedo... Rafael ya no me quiere como antes. Apenas me habla. Cuando está en casa se encierra en su despacho y siempre anda... ¿cómo te diré?... ensimismado, ceñudo... ¡qué sé yo!

—¡Aprensiones!—exclamó la hermanita.—Esto lo voy a arreglar yo en seguida en cuanto me eche a Rafael a la cara. Y tú no seas boba. Tienes unos ojos muy bonitos y te los vas a estropear. Una mujer casada no conviene que lllore sino cuando su marido no le compra cosas.

Fernanda callóse un instante, cogió una mano a Carmen, curiosó las sortijas que llevaba puestas y dijo:

—Hoy mismo le dirás de mi parte a Rafael que en la Carrera de San Jerónimo venden unas lanza-

deras de platino y brillantes que son una maravilla... Tiene que comprarte una, y de las más caras.

—Lo único que deseo—repuso Carmen—es que vuelva a ser el mismo de antes... que siga queriéndome como hasta hace poco me quiso.

No era mucho lo que pedía, pero no era poco.

Los temores de la joven estaban justificadísimos. Desde el día en que Rafael y la aventurera habían sellado en el estudio del pintor la reanudación de sus amores, ellos volvieron a rehacer la etapa interrumpida de sus entrevistas, para entregarse, con más fiebre que nunca, a su pasión, ahora exacerbada porque en sus caricias se escondía la infidelidad y la traición.

Sirviéndose de doña Jacobita como intermediaria, Felicia y Vivares se veían todas las tardes.

Y de estas citas, Rafael regresaba a su casa con una enorme fatiga espiritual, con un visible malestar físico y con la tortura moral de saber que engañaba a una mujer encantadora e inocente.

El no había dejado de querer a Carmen; pero la conciencia de su falta hacía adoptar una actitud de desvío hacia ella, imponiéndose una conducta que sólo servía para aumentar la pena de su mujer.

Menos receloso, Ramón Arenales seguía amando a Felicia, y cada día más satisfecho de haberse casado con ella.

Incluso se le antojaba que su mujer, desde su regreso a Madrid, era más cariñosa con él, y que no volvía nunca de la calle a la que por cierto era muy aficionada, sin que después no le buscara para prodigarle caricias que, por ser él de mucha más edad que ella, le halagaban infinitamente.

Indudablemente, Arenales creía llevar puesta la camisa del hombre feliz.

Así las cosas, la antevíspera del día en que debían almorzar con su ahijada y Rafael, el correo le trajo una sorpresa desagradable.

Era una carta sin firma, un anónimo.

Sin desconfianza, él pasó los ojos rápidamente por su contenido, de tanta concisión como elocuencia.

«No sabías que Felicia era la amante de Rafael? Lo era y sigue siéndolo.

Una buena amiga.»

Esto era todo. El anónimo no decía más.

La primera impresión de Arenales fué de asombro y luego de burla. Sin duda aquello era una infamia. Pero pronto una porción de pequeños detalles surgieron en su recuerdo, y un dolor agudísimo, un dolor penetrante que le desgarraba el alma, hizo presa en él.

Un momento se sobrepuso a su angustia.

—No es posible—dijo.—Esto es una canallada. ¡Felicia y Rafael!... ¡Oh, no, sería horrible!

Más aquel horror invadía su pensamiento, sobre el que cayeron en turbión las ideas más dolorosas.

Levantóse con el anónimo en la mano, en un impulso de nobleza, para enseñárselo a su mujer.

Felicia se dispuso a salir en aquel momento.

—¿Sales?—preguntó él, aparentando serenidad y guardándose el anónimo.

—Vuelvo en seguida.

Arenales la vio marchar, presintiendo su desgracia.

¿A dónde iba ella en aquella hora última de la tarde, cuando ya se acercaba la noche?

El podría averiguarlo, confirmando o desvirtuando así sus sospechas.

Sin que Felicia lo notase, su marido la siguió.

El estudio estaba instalado en las afueras; de modo que el campo lo rodeaba, aislándolo, poniendo en torno de él un cerco de silencio y de sombras.

La mujer marchaba de prisa. Inesperadamente se detuvo cerca de un grupo de árboles y Román vio que Rafael se acercaba a ella.

Venciendo su impulso, que le arrastraba a castigar a los que infamaban su honra, Arenales permaneció inmóvil, oculto, esperando no sabía qué.

Vivares había citado a Felicia para poner término a sus relaciones.

—Es la última vez que nos vemos—le dijo.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó ella en voz tan alta que su marido la pudo oír.

—Si es necesario que concluyamos. Carmen sospecha. La quiero con toda mi alma y no seguiré engañándola.

Felicia trató de oponerse a aquella decisión, y ante la resuelta voluntad de él, aun tuvo una esperanza.

—Aquí no podemos seguir hablando—dijo.—Esperame mañana en el sitio de siempre.

Se separaron.

La aventurera volvió sobre sus pasos con presteza. Súbitamente, Arenales surgió en su camino.

—No pretendas negar lo que he visto... Sígueme.

Continuaron juntos hasta el estudio. Ella altiva, sin miedo, dueña de su voluntad, confiaba en sí misma. El vencido, atormentado y lleno el pensamiento del recuerdo de su ahijada, había tomado una resolución que era un sacrificio.

Sentía como si su alma se hubiera vaciado de

pronto, exprimida por unas garras monstruosas. No lograba pensar nada claro. Sólo una idea se le ofrecía con nitidez a su espíritu.

«¡Hay que salvar a Carmen!—pensaba. «¡Hay que impedir que esta ignominia llegue a rozarla.»



— Vámonos a mi estudio.

— Vámonos a mi estudio—ordenó él cuando llegaron a casa. Felicia se alzó de hombros y obedeció.

La inquietud de aquel instante era vencida por la que le despertara Rafael al decirle que habían concluido.

Tomó asiento cerca de una mesa y apoyóse el rostro en las manos, los ojos abiertos como para

aceptar la lucha y la boca rota por una mueca de desprecio y de burla.

Y entonces se reveló con toda su generosidad el alma de Román.

El ya no pensaba en la muerte de sus ilusiones. Su preocupación única era la muchachita que había recogido en su casa, cuando se quedó huérfana, y a la que quería como si fuera hija suya.

— Carmen no debe saber nada—dijo de pronto.

Felicia rióse despectivamente.

Sin hacerle caso, fríamente, serenamente y con gran energía, Arengles añadió:

— Adora a Rafael y se morirá de pena si supiera... Por ella callaré todo.

Y el maestro no dijo más. Ni una amenaza, ni un insulto, ni una violencia.

Todo su amor hacia Felicia se había convertido en desprecio. Si seguía teniéndola en su casa, y no la arrojaba de ella, era porque Carmen no debía saber nada.

Transcurrió la noche, que fué para Arenales de ardorosa vigilia, sobresaltado por la negra sombra que la fatalidad había arrojado sobre su vida, e inquieto por el peligro que amenazaba la dicha de su ahijada.

A media mañana, Carmen se presentó en el estudio.

—Vengo a recordarles mi invitación. Mañana comen ustedes con nosotros.

Román miraba a su protegida ávidamente. Luego se tranquilizó. Ella seguía llena de confianza en su marido.

Felicia, que estaba delante, alegó un pretexto para retirarse. Le irritaba la presencia de Carmen y le imponía la serenidad de su marido.

Como siempre, lo mismo que si no hubiera sucedido nada, Arenales hacía gala de un festivo humor.

¿Qué, nos darás bien de comer, pequeña?

—Espero que usted quede complacido—afirmó Carmen. Y en brusca transición, en cuanto salió Felicia, añadió:

—Necesito decirle a usted algo importante.

Arenales se turbó.

Habla, ¿qué sucede?

—Hace unos días que Rafael no se porta conmigo lo mismo que antes. Parece como si me quisiera menos... o no me quisiera nada. Estoy intranquila.

Un suspiro de alivio dilató el pecho de Román.

—No te preocupes, hija mía—dijo dulcemente.

—Ese cambio que has observado en tu marido debe carecer de importancia.

—Pues a ver si usted consigue que le diga lo que le pasa. Me tiene muy disgustada.

—Si eso te tranquiliza, yo le hablaré; pero te aseguro que estoy convencido de que tus recelos no están justificados.

¡Dios haga que sea así!

Carmen se marchó llena de confianza. Su ignorancia de la verdad era su mejor defensa.

Poco después de su partida, Felicia volvió a reunirse con su marido.

—Supongo, Román, que no me obligarás a asistir a esa comida—dijo.

Arenales midió con una mirada dura a su mujer y comentó:

—Supones mal.

Es que...

—Comprenderás que debes ir—la interrumpió Arenales con un gesto imperioso.—Ya he dicho que Carmen no debe sospechar nada.

La firmeza de las palabras de Román le impidió a ella protestar. No obstante su bajeza, la inmensidad

de su culpa no le permitía mostrarse demasiado altiva, no porque careciera de cinismo para ello, sino porque la conducta de su marido comenzaba a darle miedo.

Bajó pues la cabeza, y se dispuso a obedecer.
En la mañana del día siguiente, Rafael, viendo



—Supongo, Román, que no me obligarás a asistir a esa comida,

atareada más que de costumbre a su mujer, la inter-
peló:

—¿Es hoy cuando comen con nosotros Román y Felicia?

—¿Te disgusta?

—Ya sabes que esa mujer no me es simpática.

Con inaudita sorpresa, Vivares vió cómo Carmen cambiaba de expresión inopinadamente, y cómo su rostro dulce se cubría con el luto de una insólita amargura.

—¿Estás seguro de que esa mujer te es antipática?

Rafael atreviéndose a contestar, dominando su asombro, pero adivinando que algo inesperado había transformado el alma de su mujer:

—Te lo he dicho más de una vez.

Con una voz vibrante y rotunda, Carmen replicó:

—Y siempre que me lo dijiste mentías!

Aquella misma mañana, ella había conocido la horrenda verdad. Fué una carta olvidada por su marido en su cartera, una carta de las últimas que Felicia le había escrito, y como el anónimo dos días antes revelara a Román su desgracia, esta carta, y de una manera más explícita, descubriósela a ella, poniendo ante sus ojos el abismo que el engaño y la mentira acababan de abrir entre ella y su marido, entre la mujer ingenua, crédula y enamorada, y el hombre falso y vicioso que manchaba su inocencia volviendo a su casa llevando en sus ropas, en sus labios y en sus cabellos el recuerdo de los besos de una aventurera, de su amante de soltero.

Carmen, en los primeros instantes de angustia, creyó que no tendría fuerzas para resistir su dolor. Pero en ella había latente una mujercita llena de fortaleza, un espíritu tan vigoroso como sensible.

Y Rafael la vió alzarse ante él, pálida y serena, para decirle enérgicamente, con voz segura:

—Sé que esa mujer es tu amante; pero Román, mi protector, mi segundo padre, el hombre más

bueno del mundo, no debe saberlo. ¡Per eso toleraré la presencia de esa mujer en mi casa!

El no supo, no pudo disculparse.

¿Qué podía decir?

Y guardó silencio, respetando el silencio de su mujer, de aquella niña tan dulce que ahogaba los gritos de su corazón para que su protector no adivinara la verdad.

¡Ella también sabía sacrificarse!

En esta disposición de ánimo comenzó el almuerzo. La desconfianza, la duda y el miedo unían a los dos matrimonios, sentados a la misma mesa, comiendo los mismos alimentos.

De cuando en cuando, de una manera forzada, alguno de ellos decía algo.

Pero las palabras que querían ocultar los pensamientos, no conseguían ser amables y sólo eran indiferentes, mientras las miradas se adivinaban, se buscaban o se evitaban como espadas que se alacaran y parasen los golpes en las sombras. El amor, los celos, el odio, el desprecio, hablaban por los ojos mientras las palabras seguían indiferentes.

Mas algo existía que separaba a las víctimas de los culpables. Román y Carmen parecían, en medio de su dolor, dulcemente resignados, y en cambio la turbación alteraba los semblantes de Felicia y de Rafael, hacía temblar sus manos y volvía febriles sus menores gestos.

De unos a otros iban el silencio y las intenciones, y lo que se callaba era mucho más significativo que lo que se decía.

Román esperaba el momento de cumplir la promesa que había hecho a su ahijada. Necesitaba desennascarar a Rafael, y después de esto, compelerle

a que salvara, ya que aun era tiempo, a su juicio, la felicidad de Carmen.

¿Quieres enseñarme tus últimos trabajos?—le propuso, apenas concluido el almuerzo.

Lisonjeadísimo, maestro. Ahora que, en estos últimos tiempos, he trabajado poco.



De unos a otros iban el silencio y las intenciones, y lo que se callaba era mucho más significativo que lo que se decía.

—Algo habrás pintado... Anda, llévame a tu estudio.

Los dos se levantaron y salieron del comedor.

Solas, las mujeres, instintivamente se buscaron con los ojos.

Y las palabras temblaron en los labios.

Carmen se levantó con brusquedad, y Felicia, que no suponía que ella conociese sus relaciones con Rafael, la imitó y trató de acercársele.

Carmen retrocedió un paso: su brazo extendido se opuso nerviosamente a que la mujer de Román se le aproximara.



—No se acerque usted a mí. He fingido, sé fingir por él,...

—No se acerque usted a mí—gritó.—He fingido, sé fingir por él, por mi protector, y como es preciso que no sepa nada, soporto su presencia en mi casa.

Felicia rióse descaradamente, con una risa metálica, hiriente, odiosa.

—¿Ni que se hubieran puesto de acuerdo!—exclamó.

Carmen no pudo oírla; huyendo de la aventurera había pasado a otra habitación, que comunicaba con el estudio. Y oyó las palabras coléricas, irritadas y dolorosas de Román, que le descubrieron cómo



Y amándole aún, herándole el alma, entró en el estudio y enfrentóse con su marido.

un mismo dolor le unía al hombre bondadoso que hiciera con ella oficios de padre.

Brutalmente, sin rodeos, con rudeza, Arenales hablaba a su discípulo.

—Eres un miserable! Ya no par engañarme a mí, que he sido un loco al casarme con esa mujer, sino

por engañar a Carmen, que te adora y se moriría de pena si supiera tu traición.

La mujer de Rafael no necesitó oír más. Ya no tenía por qué ocultar su dolor, puesto que la razón de su secreto desaparecía desde el instante en que Arcuales sabía la verdad tan bien como ella. Su sacrificio, sin dejar de serlo, debía convertirse ahora en clamor justiciero.

Y amando aún, llorándole el alma, entró en el estudio y enfrentóse con su marido.

Estaba extraordinariamente pálida, brillantes los ojos, erguida y soberana de dignidad.

Detrás de ella apareció Felicia, altanera y cinca. Su plan llegaba a su término, y el triunfo a ella le pertenecía. Esperaba recoger el botín de su victoria.

—Lo sé todo—comenzó por afirmar Carmen.

—Yo callaba por usted, como usted callaba por mí. Pero su traición ha podido más que nuestro sacrificio. Ahora vámonos los dos solos...

Tembloó su voz antes de concluir:

—No es razón que huyan los felices; los desdichados somos los que debemos huir.

Y, apoyándose en el brazo de Román, Carmen salió sin volver atrás la cabeza.

*
* *

La violencia de aquella escena agotó las fuerzas de Carmen. En la noche de aquel día declaróse una fiebre altísima. Su dolor la había vencido. Era demasiado pura, demasiado inocente para que, en la quiebra de su amor, no naufragara su salud. En pocos días una gravísima dolencia sometió su cuerpo a todos los suplicios de los males físicos.

Román estaba a su lado, velándola, siempre a la cabecera de su lecho, sofocando los sollozos para no agravar el estado de Carmen, con la que, por prescripción médica, trasladóse poco después al campo.

Arcuales vela con creciente inquietud cómo el dolor hacia presa en la joven.

Ella había enflaquecido de una manera alarmante. Con los ojos hundidos y la voz débil gemía en las horas largas, profiriendo quejas vagas, confusas, sin sentido.

Amaba mucho a Rafael, y la agonía de aquel amor la acercaba a ella a las puertas de la muerte.

Pasaban los días y la joven no olvidaba. Pensaba en él.

Román se dió cuenta de que el cariño de Carmen, crucificado en la cruz de la traición y coronado de las espinas del engaño, manteníase encendido aún.

No hablaba de él. No pronunciaba su nombre. Pero su mirada de ensueño dirigiase constantemente hacia la lejanía, hacia el horizonte en que se dibujan las imágenes de los seres que se quieren.

Y por aquel horizonte, sin que ella tuviera ojos para verlo, pasaba a veces encogida, triste, grotesca y abrumada la figura de Pepín, del pobre Pepín que sufría con ella, que sentíase morir también porque ella estaba enferma.

Un día llegaron noticias suyas, en una carta escrita al maestro, cuyo último párrafo, palpitante de ternura, estaba dedicado a la joven.

Sus palabras eran sencillas y tenían el perfume de aquel amor suyo, callado y triste, pero grande y pronto al sacrificio.

Decía así:

«Ahora que todo ha pasado le agradeceré a usted, querido maestro, que le diga a la señorita Carmen que no fui yo, que no fué Pepín el que rasgó el cuadro «La Madonna de las Rosas». ¿Qué no daría yo por verla dichasas!»

Y el maestro cumplió los deseos del buen discípulo.

—Pepín me escribe—le dijo a Carmen—y me da recuerdos para ti... ¡Pepín te quiere como sólo saben querer los que están seguros de no alcanzar nunca nada!

La enferma dobló la cabeza, como una flor que se tronchara, para oír mejor a Arenales.

—El me ruega que le descubra un secreto, el secreto de «La Madonna de las Rosas». No fué Pepín quien destruyó el cuadro.

La joven trató de incorporarse y preguntó desmayadamente:

—¿Y quién fué? ¿Y por qué se confesó el autor de un delito que no había cometido?

—Porque le quiere... y porque el autor de aquella infamia era...

Y los dos, el hombre y la enferma, se unieron en un mismo abrazo y en un mismo sollozo.

El mal de Carmen acentuóse en tal forma que hubo necesidad de llevarla a un sanatorio.

Llamado a consulta un notable doctor, éste, después de reconocer a la enferma, dijo su opinión a Arenales con las palabras siguientes:

—El padecimiento es moral más que físico. Más que por su vida temo por su razón.

El juicio del médico, aquel terrible diagnóstico, aterró a Arenales.

Para él Carmen era como una hija, y el pensamiento de que ella pudiese enloquecer le enloquecía a él antes.

Había que salvarla, había que impedir que la dulce joven se sumiera en los abismos de la locura.

Román dióse a pensar. La idea del remedio se le ofrecía siempre igual. Le repugnaba tener que aceptarla, pero era la única que podía salvar a Carmen.

«Sí, sólo la presencia de Rafael puede curarla», pensó.

Tuvo aún algunas vacilaciones. No lograba familiarizarse con la conveniencia de buscar a aquel hombre que lo deshonrara, para traerlo al lado de la enferma.

Además sabía que Rafael vivía con su amante, y para verlo, él tendría que entrar allí, en casa de la mujer a la que, en una hora de ofuscación, diera su nombre.

Acercóse a la enferma. Carmen respiraba difícilmente. La fiebre se había apoderado de ella y deliraba.

Román la oyó decir unas cuantas palabras sueltas, sin ilación... De pronto, los labios de Carmen besaron el nombre amado:

—¡Rafael!—exclamó.

Arenales entonces no vaciló más y regresó a Madrid, dirigiéndose en seguida a la casa en que Vivares vivía con Felicia.

Allí estaban los dos. El los vió antes de que le viesen a él.

—¡Maestro!—dijo Rafael, no sin emoción al advertir los rasgos alterados del rostro de Arenales.

Felicia no se levantó; sonreía sarcásticamente, confiando en la fascinación que ejercía sobre su amante y sin temer a Arenales, cuyos propósitos adivinaba.

—¡Carmen se muere!—dijo el maestro.—Lo perdono todo, porque Carmen se muere.

La voz quebróse en un lamento.

Abalido por lo que acababa de oír, Rafael inclinó la cabeza.

—¡Carmen se muere!—repitió Román.—Tú sabrás lo que debes hacer.

La visión inaborrable de los días felices de su matrimonio, pasaron rápidamente por delante de los ojos de Rafael.

Felicia se turbó, observando la inquietud de su amante.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó.

—Correr a su lado.

Ella irguióse, y, señalando a Arenales, gritó:

Al casarme con ese hombre, yo no buscaba su posición ni su dinero. ¡Lo que quería era acercarme a ti, vengarme de él porque en su casa conociste a la mujer con la que te casaste!

Rafael se detuvo en su marcha hacia la puerta.

—No puedes dejarme—añadió Felicia.—Yo te quiero a ti sobre todas las cosas. ¡Eres el único hombre a quien he querido!

Y sus brazos volvieron a cerrarse alrededor del cuello del joven. Luego, señalando la puerta a Román, dijo:

Va lo ve usted, él no puede dejarme; es usted quien debe marcharse.

Pérdida aquella esperanza, la única capaz de salvar a Carmen, Arenales dirigióse a su estudio, buscando quien le dijera algunas palabras que mitigasen un poco su inmenso dolor y refrescaran su alma abrasado por la angustia.

Pepín conoció entonces el estado de Carmen.

—¡Se muere, Pepín!—sollazó el maestro.—He ido a buscar a Rafael, he pasado por la vergüenza de ir a buscarle yo mismo... y me han echado de su casa.

Durante una hora, el maestro permaneció en el estudio, sin que Pepín alterase el silencio.

En un estado de excitación indescriptible, el muchacho iba y venía a lo largo de la estancia.

Al fin se paró y dijo:

—Vuélvase usted a su lado... Yo le prometo que Rafael, lo más tarde dentro de dos días, se habrá reunido con su mujer.



—... He ido a buscar a Rafael, he pasado por la vergüenza de ir a buscarle yo mismo... y me han echado de su casa.

¿Qué pensaba hacer Pepín para conseguirlo?

No lo sabía aún.

«¡Carmen se muere! ¡Carmen se muere!... Sólo puede salvarla Rafael».

Repitióse estas palabras muchas veces, sin cansarse, pensando en la enferma y en la manera de

curarla y devolverle la alegría que había destruido una mala mujer.

A media noche su pensamiento apresó la idea que buscaba y escribió a Felicia, citándola en el estudio.

Ella acudió a la cita.

¿Descaba usted verme?



...y escribió a Felicia, citándola en el estudio

Estaban en el mismo lugar que un día había sido escena de aquel rapto de celos que armó la mano de Felicia, impulsándola a rasgar el cuadro.

—Sí, descaba verla a usted—dijo Pepín.—Descaba verla para decirle que la señorita Carmen se muere y sólo usted puede salvarla.

—¿Y quién es usted para pedirme cuentas de lo que yo debo hacer?—preguntó ella con seriedad.

Con voz segura, sin turbarse, Pepín contestó:

—Soy un desgraciado que quiere con toda su alma y en prueba de su cariño sólo puede hacer un sacrificio, el de su vida; pero antes...

En sus manos relumbró un puñal.

—¿Recuerda usted?—dijo a la aterrada mujer.—Aquí mismo fué: rasgó usted un cuadro, la imagen de la Madona. ¡Yo también sé destruir!

Sin darle tiempo a defenderse, rápido como el rayo, Pepín le clavó el puñal, rompiendo su corazón maldito, y gritando triunfalmente:

—¡Por ella, por su vida, por su felicidad!

Y sus manos, las manos pálidas de Pepín, se mancharon de sangre.

Aquel era el sacrificio que le pedía la Madona: una muerte. Ya estaba hecho.

Sobre él alzabase de nuevo la felicidad de la mujer que amaba...

EPÍLOGO

Algunos años después—cuatro o cinco—en el jardín de su casa madrileña, hablaban y reían Carmen, Rafael y Román Arenales.

El tiempo, como un bálsamo milagroso, había cerrado las heridas que abriera la traición.

Otra vez los pájaros de la dicha alétean sobre la cabeza de la encantadora joven, feliz como nunca, porque un hijo es la alegría de su vida.

También Román, cuando lo creía todo perdido, siente florecer su corazón en ternuras de abuelo.

Aquel chiquitín que salta sobre sus rodillas y con sus pequeñas manos le azota el rostro, llena de gozo su existencia, porque para la bondad siempre hay nuevos amores.

Carmen guarda una carta de Pepín y alguna vez,

entrada ya la noche, en la soledad de su gabinete, vuelve a leerla, y es como una infidelidad de su corazón, que el corazón de la mujer nunca es entero de nadie.

Ella está sola. Ha transcurrido un año más. Ha llegado el día del aniversario en que Pepín hizo por ella el más generoso de los sacrificios.

Con mano temblorosa, Carmen abre su *secrétaire* y saca la carta, la desdobra y de nuevo lee las últimas palabras que Pepín le escribió, antes de que lo devorase la prisión.

«Señorita Carmen: No me compadezca usted; soy más dichosa que nunca. Piense usted en mí y ya es bastante. Todo está compensado para el pobre Pepín. Los desdichados cuando queremos con toda nuestra alma, sólo podemos pedir en cambio que nos perdonen... y usted me ha perdonado... ¡Mi Madona me ha perdonado!...»

Los ojos no pueden seguir leyendo; los nublan las lágrimas. Y al inclinarse sobre la carta, no se sabe si Carmen besa la firma del pobre Pepín; las sombras ocultan a la mujer y no se ve nada.

Pero se oye un sollozo.

FIN

¿ Ha adquirido usted ya
el primer libro de
esta Biblioteca?

Se trata nada menos que de

La Mendiga de San Sulpicio

Grandioso asunto, basado
en la célebre novela de

XAVIER DE MONTEPIN

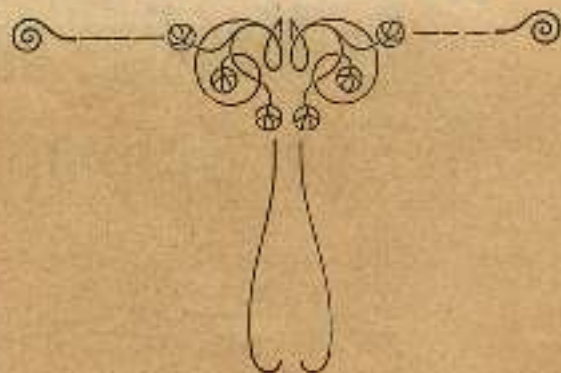
□ □ □

¡Le aconsejamos su pronta adquisición!

De venta en todos los quioscos

W

Forme usted sin vacilar la
Biblioteca Femenina de
La Novela Film



Se deleitará con la lectura de excelentes
asuntos. :: Para en breve preparamos
verdaderos acontecimientos.

Lea usted el núm. 28 (especial)

DE

LA NOVELA FILM

cuyo título es

ODETTE

La feliz creación de la eminente
trágica italiana

FRANCESCA BERTINI

64 páginas - 30 fotografías
Sugestiva portada.

Asunto que conmoverá a todos

— — —
Precio especial: 50 cts.

LA NOVELA FILM

PUBLICACIÓN SELECTA

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	POSTAL-BRIGALO
1	Los Gaspaks o Gente brava	El joven Madarous
2	Las dos riquezas	El prisionero de Zenda
3	Verdad femenina	La Batalla
4	Los exaltos lúcticos del Apocalipsis	Los enemigos de la mujer
5	Las esposas de los hombres ricos	Violeto Imperialis
6	Daring, el negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Morgan
8	Halcón rojo	John Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Ethel Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Patty)
14	La fuga de la novia	Edith Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Logros del destino	Lucienne Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (especial)	Mary Miles Mower
19	De Boris a millonaria	Dustin Farnum
20	El crimen del Millofours Palace	Beale Loxe
21	La coqueta territorial	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	Valiente luna de miel	Lois Wilson
25	El canto del amor triunfante	Astrid Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)
27	El Martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (especial)	Dorothy Phillips

Números corrientes . . . 30 céntimos

» especiales . . . 50 »

Exclusiva de distribución para ESPAÑA

de

LA NOVELA FILM

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16 - - BARCELONA

Mazarredo, 4 - - MADRID

Ferrocarril, 20 - - IRÚN

MÉXICO

D. Escaler - Legación de Guatemala

HABANA - S. Gumbau - Aguacate, 86

GUATEMALA

R. Rubio Zúñiga - 9, Poniente 1

BUENOS AIRES

Bisandreu - Casilla Correos



